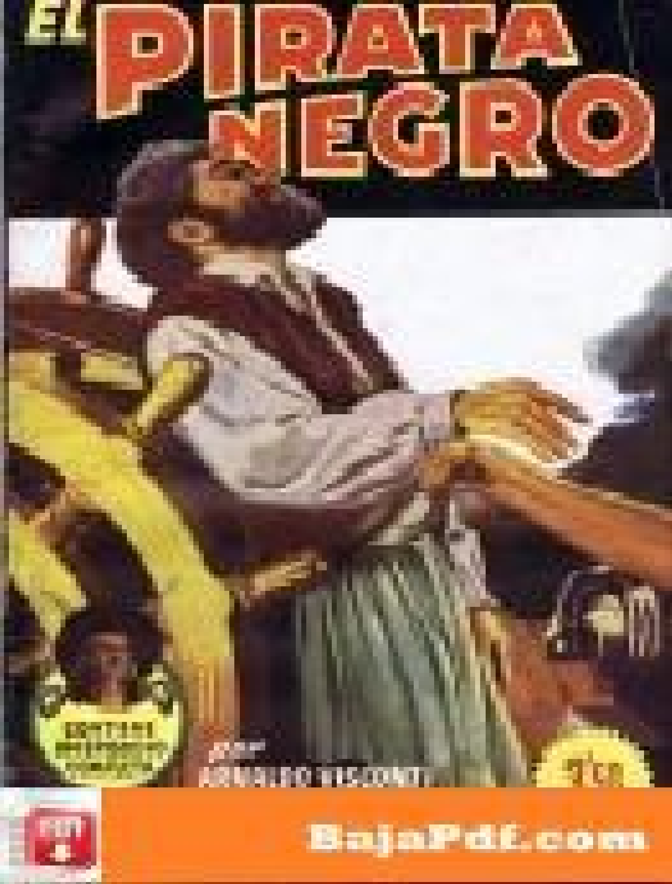

EL
PIRATA
NEGRO
BajaPdf.com

Annotation

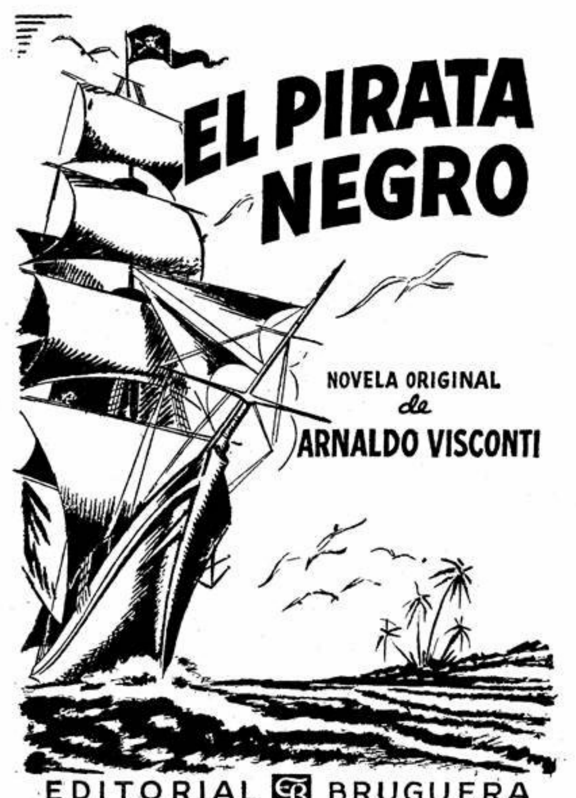
"El Pirata Negro", cuyo nombre era Carlos Lezama, viajaba a bordo del Aquilón combatiendo a los buques ingleses y holandeses que se oponían al dominio hispano de los océanos, sobretodo en Panamá, donde el Pirata Negro tenía su morada habitual.

Su ropaje consistía en un traje de pirata, pañuelo rojo en la cabeza y un enorme medallón colgado del cuello.

El Pirata Negro se publicó en 85 números, desde 1946 hasta 1949.

Nº 59 de la colección




EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Un pirata novel

Colección El Pirata Negro n.° 59

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA

1948


Un
PIRATA
NOVEL

PRIMERA PARTE

LUNARES ROJOS

CAPÍTULO PRIMERO

El sátrapa y su corte

Hasta el reinado de Luis XIII, la doctrina real francesa era antiesclavista; no tenían ninguna colonia lejana que tuviera necesidad de mano de obra negra.

Pero, al quedar autorizadas las primeras compañías de colonización empezó a cambiar aquel punto de vista. Bajo el reinado de Luis XIV, se sustentó la teoría de que el esclavismo era

necesario a la mejora en valor de las tierras tropicales y que además los negros eran más felices al servicio impuesto de los blancos que en su libre estado de salvajismo.

Al principio, sin embargo, eran los portugueses y los ingleses los proveedores de Francia, nación que iba poblando de esclavos las islas de América, pero sin transportarlos y en el momento en que el Rey promulgó el Código Negro en 1685, continuaba Francia siendo suministrada por navíos extranjeros, no dedicándose personalmente ningún francés al tráfico negrero.

Sin embargo, algún armador francés, en contacto comercial con las otras

potencias marítimas, empieza a reflexionar sobre los grandes beneficios de este transporte, en el que se arriesgarían fácilmente y a plena voluntad, a no ser por el “quasimonopolio” que los privilegios de las compañías hacen pesar sobre este tráfico de ultramar.

Los armadores franceses empezaron, no obstante, medio clandestinamente primero y poco a poco en la estrecha medida de iniciativa que les dejan las poderosas empresas de las Compañías.

Y empezó en Francia también, bajo el reinado de Luis XIV, la creación de compañías de explotación en las costas africanas.

La primera es la Compañía de Guinea,

la cual obtuvo el monopolio del comercio de negros, del polvo de oro y del marfil de elefante. La Compañía se instaló en Gorée, donde edificó una plaza fortificada y un depósito.

Debido a una mala gestión local, a la indolencia del personal no interesado en los beneficios y a la total ausencia de conocimientos de los financieros directores, el hecho es que la Compañía de Guinea entra en bancarrota.

Tentativas de mantener a flote, aumentos de capital reparto, de las zonas de influencia, cambio de razón social y rebusca de elementos capacitados, no pudieron impedir la ruina de la Compañía.

Será preciso para que el comercio de

los negros, al cual ya por sarcasmo se empieza a nombrar “madera de ébano”, se convierta en uno de los negocios más florecientes de Francia, dos condiciones: un tratado diplomático que hace cesión a la armada francesa del suministro de negros a las colonias españolas, tratado conocido por Del Asiento, y una revolución económica: la apertura de este tráfico al libre comercio y concurrencia.

Desde aquel instante se aseguró la fortuna de los puertos atlánticos. Era al principio del siglo XVIII.

No fueron precisos más que unos diez años a partir de entonces, para que los armadores franceses adquirieran el pleno dominio de aquel nuevo comercio.

De todos los viajes de largo curso, el circuito negro era el más complejo.

Desde las costas de Francia, el bajel arribaba a África, con una escala de suministro en Cabo Verde, en donde recogían tortuga salada, destinada a alimentar la carga.

En la costa africana, la trata propiamente dicha, dura de uno a seis meses y a veces más. Desde África a las Islas, tenían que navegar de dos a tres meses, según los vientos.

Vender la carga suponía una estancia en los puertos americanos que podía prolongarse hasta cerca del año. Después era el viaje de regreso en derechura de Santo Domingo o la Martinica hasta Francia: otros dos

meses, aproximadamente, de travesía.

Más de un año transcurría siempre entre la partida y el retorno. En la primera década del XVIII, sobre los ochocientos navíos que aproximadamente partieron de las costas francesas para este periplo, sólo tres realizaron el viaje en menos del año.

Se estudió la razón, comprobándose que los tres navíos que habían efectuado con tanta rapidez el viaje, pertenecían a un sagaz mercader que con tiempo había establecido en África, “almacenes, de negros” y en las Islas, “vendedores” con residencia, que trataban de antemano las condiciones de venta.

Ese mercader era no obstante, un hombre de tierra adentro. Un hombre

totalmente incapacitado para cualquier ejercicio corporal que exigiera un mínimo de agilidad, porque Jacques Cortier, “el tolosano”, desde temprana edad manifestó una propensión acentuada hacia la obesidad.

Una obesidad que fué desbordando hasta convertirlo en un informe ente de abotargado semblante, cuello de triple papada y cuerpo elefancíaco.

Para trasladarse de su alcoba a la tienda de tejidos instalada en la planta baja de la casa de dos pisos que era suya por herencia, y que ostentaba el letrero: “CORTIER et FILS”, Jacques Cortier empleaba un sillón repleto de almohadones que era transportado por dos hercúleos criados.

Y todos los movimientos de andar, quedaban suprimidos. La silla de Jacques Cortier le hacía reconocer por donde fuera.

Pretextaban los tolosanos, que debido a su continua inmovilidad corporal, Jacques Cortier agudizaba la percepción cerebral y que era debido a esto, que supo calladamente ir fraguando la táctica, que al decretarse el libre comercio negrero le permitió de golpe y porrazo convertirse en el más acaudalado de los negreros.

Un erudito viajero, invitado por Cortier para que le instruyera sobre las costumbres de los negros de la Guinea retrató verbalmente a Jacques Cortier calificándolo de “sátrapa persa”.

La manera golosa como comía el mercader, las ricas joyas con que adornaba sus hinchados dedos, la magnificencia de telas, brocados, tapices y muebles que abarrotaban su piso alto, la condescendencia con que acariciaba sus “caniches” de pelo rizado y la servil humildad con la que todos cuantos eran dependientes de su tienda le obedecían, daban razón al calificativo.

Jacques Cortier, que se desmayaba de la impresión al oír un cañonazo, recibía, no obstante, retrepado y desparramadas sus grasas en los cojines del sillón donde estaba permanentemente sentado, a muchos capitanes de mar, avezados aventureros, plenos de decisión y

audacia, “arriesgalotodo”, para quienes la vida nada valía, ni la propia ni la ajena.

Y esos capitanes, impresionados por el lujo desplegado en todas las habitaciones, pasillos y ventanas del piso alto del mercader, trataban a éste con todas las deferencias que podrían conceder al propio Rey de Francia.

El hombre que desde su sillón dirigía un vasto comercio que empleaba a centenares de hombres, movilizando barcos y estableciendo sin moverse depósitos en lejanas costas de ultramar y que estaba dotado del don que demostró al proveer el libre tráfico negrero, no supo, sin embargo, preveer que el hecho de recibir una carta de una pariente

lejana residente en isla antillana francesa y contestarla, equivalía a firmar su sentencia de muerte.

La carta que recibió estaba concebida en los siguientes términos, ingenuamente aduladores:

“Saint-Vincent, Isla Mineure de la Guadeloupe.

“A diecinueve de junio de 1721.

“Nuestro muy querido Jacques:

“Posiblemente tendré que ayudar tu memoria ocupada en resolver grandes problemas relacionados con tus progresivos negocios.

”Escribo yo, porque mi hermana Aveline, tiene reuma y sus manos no pueden sostener la pluma. Soy, como habrás adivinado, Barbonne Tellier, hija

del primo segundo de tu padre fallecido que en santa gloria esté.

”Hemos sabido que en varios lugares portuarios de las Antillas has establecido almacenes de granos y que eres un próspero comerciante.

”Como tú sabrías, nosotras nada necesitamos, gracias a que al morir nuestro padre nos dejó con rentas suficientes para vivir modestamente hasta la hora de rendir cuentas al Todopoderoso.

”Pero nos fué confiada una huérfana: una española de corta edad, pues hoy sólo cuenta dieciocho años y que nos llama tías, pero a la cual hemos acogido por bondad.

”Ella es buena, y nada le reprochamos.

Pero es demasiado atractiva. Su figura atrae la pecadora mirada de los hombres. No puede dar un paso sin que nazca el requiebro espontáneamente en boca masculina. Es un cargo de conciencia para nosotras, viejas y desamparadas, intentar protegerla.

”Es bien dispuesta, hacendosa, y amante del hogar. Sabe de letra y escritura, lleva cuentas y tiene docilidad para adaptarse a los ambientes.

”Queremos evitar que el corrompido ambiente antillano nos haga lamentar haberla acogido. Hasta ahora, nada ha sucedido... Pero hemos sabido que algunos perdularios han fraguado la idea de raptarla para venderla a un pirata francés.

”Acudimos, pues, a ti. Envía a buscarla y puedes darle empleo en cualquiera de tus múltiples negocios. Será una obra de caridad que tendrá para ti una gran recompensa.

”Tú vives solo, pues nos hemos enterado que no te has casado y quizá Soledad, como ama de llaves, te convendría, porque es la más capacitada para desempeñar tal cargo.

”Esperando tus noticias, te abrazamos con todo cariño,

”Barbonne y Aveline Tellier”

Jacques Cortier no conservaba el menor recuerdo de aquellas dos parientes lejanas. Por un instante, fué a romper la carta. Después, reflexionó.

Reflexionó comiendo una pera jugosa

que al alcance de la mano tenía y al terminar de comerla, limpióse exquisitamente los gruesos labios babeantes con un pañuelo de encajes.

Sus pensamientos fueron de variada complejidad. Cuáles fueron no lo revelaba la carta que escribió tomando por pupitre la tabla de madera encajada de un brazo a otro del sillón.

Pero a Soledad Iñigo del Ruy también la deslumbró la opulenta lujosidad de la casa del mercader.

Sintió repentino e impulsivo asco hacia el hombre que según le habían recomendado incansablemente sus tías adoptivas, antes de embarcarla, debía respetar como a un padre.

Pero escuchó respetuosamente las

frases de Jacques Cortier, cuyos relucientes ojillos porcinos, semiocultos entre la grasa del rostro, taladraban a la morena de escultural belleza.

—Has llegado sin novedad y uno de mis capitanes te ha ido imponiendo en cuál ha de ser tu cometido en mi almacén de Toulouse hasta que decida otra cosa. En la planta baja verás en los estantes paquetes ya preparados, que llevan, según su tamaño, dos menciones: “grand” y “petit”. No hay más que dos tamaños. Periódicamente, mis capitanes vendrán, entregándote una lista. Tú les darás el número de paquetes que ellos pidan.

La moneda con la que se pagaba a los reyezuelos de tribu negros, el precio de

los cautivos que iban a convertirse en esclavos, eran fardos llamados universalmente en el tráfico, “paquetes”.

Había el “grand” y el “petit”, cada uno de los cuales tenía un valor fijo. Contenían telas relumbrantes, rojas, blancas y azules, hilos de bordados de oro, platos de estaño y lata, lazos, mantas escarlatas, aguardientes de raíz herbácea, pistolas que estallaban al dispararse, cargas de pólvora mojada e inservible y sables, que se mellaban al menor golpe.

Pero para los negros aquellos artículos eran muy apreciados... No había aún llegado la época hacia el 1750, en que los reyezuelos empezaron a exigir que las pistolas disparasen sin

reventar, que los sables fueran de acero templado y que las telas fueran de colores que resistiesen.

—Como ves, hija mía—dijo, paternalmente, el sátrapa — tu cometido primero será fácil. Una vez hayas entregado los paquetes que mis capitanes te pidan, me traerás la lista de entrega para que yo tome nota. Dormirás con la cocinera y te deseo que cumplas a mi satisfacción. Puedes irte. Este criado te conducirá a tu aposento, adjunto al de la cocinera.

Soledad Iñigo del Ruy agradeció la brevedad de la entrevista. Le producía una sensación de malestar físico, la presencia del obeso mercader, que se le antojaba un gigantesco sapo de lengua

gorda, esperando cazar una mosca.

Nadie podía adivinar el verdadero carácter de la aparentemente dócil española. Desde la muerte de sus padres, habíase ido endureciendo su corazón, ante el egoísmo y la hostilidad de cuantos la rodeaban.

Su figura era inmensamente atractiva, por el contraste de su nervioso andar con su plácida belleza estatuaria y el resalte de su piel blanca con la negrura de sus grandes ojos.

Por espacio de dos semanas, fué acostumbrándose a recibir el repentino homenaje de la mirada de los capitanes que llegando al almacén de Toulouse quedábanse por un instante absortos, porque esperando encontrar a un viejo

covachuelista gafudo o a un chupatintas agriado, veíanse frente a la luminosa sonrisa de Soledad Iñigo del Ruy.

Había comprobado que cuantos pertenecían y dependían del mercader, comportábanse con un servilismo rastrero, que tenía por causa el hecho de que Jacques Cortier pagara con esplendidez y su tiránica tutela no fuera exteriorizada con violencias.

No obstante, Soledad Iñigo del Ruy sentía en ella un fermento de rebeldía, cada vez que en silencio la mirada aguda del sátrapa posábase en ella.

Le producía una sensación inexplicable y se tildaba de ingrata, cuando a solas con el mercader, sentía deseos de gritarle que le consideraba un

ser abyectamente perverso y maligno.

Un capitán portugués, mientras uno de sus acompañantes iba metiendo en sacos los “paquetes”, decidió hacer un corte de abordaje a la hermosa española.

—...y faltan ya tan sólo doce “grandes” y dos “pequeños”, señorita. Mi hombre lo hará. No permitáis que vuestras delicadas manos se rocen con ásperas telas de saco.

—Es mi obligación, capitán.

—La obligación no significa diversión. ¿Sabéis en lo que estoy pensando?

—¿Quién puede adivinarlo?

—Pienso que es un crimen que vos estéis tras la tabla de un mostrador de tienda.

—La vida es así y las circunstancias obligan.

—Vos merecéis una existencia colmada de comodidades y podéis tenerla.

—¿A cambio de qué? — preguntó ella, envarándose.

El capitán portugués, llameantes los ojos, insinuó:

—Casaos conmigo.

Soledad Iñigo del Ruy rió forzadamente.

—Estáis loco, capitán. Acabáis apenas de conocerme y me ofrecéis boda.

—Soy así. Cuando un paisaje me enamora, lo recorro. Os he visto y no necesito más tiempo para declarar que

os amo.

—Agradezco la gentileza, capitán, aunque la habéis llevado en exceso adelante. Ahí está el completo de los "paquetes". ¿Tenéis la bondad de firmar aquí?

El portugués firmó y devolviendo la pluma, reiteró:

—Casaos conmigo y conoceréis una existencia movida, azarosa y placentera.

—En la que, el día que os pluguiera, me tiraríais por la borda.

—Negrero soy, pero no asesino.

Y así fué, como por el encandilamiento de un portugués, tuvo de pronto Soledad Iñigo del Ruy la revelación del tráfico al cual se dedicaba retrepado en su sillón Jacques

Cortier.

Despidió con brusquedad al capitán portugués y entonces comprendió por qué sentía náuseas cuando estaba ante Jacques Cortier.

No ya simplemente por su presencia física adiposa y blanducha, sino porque su cerebro era maligno.

Pero guardó silencio. Tan sólo el fermento de rebeldía aumentaba en ella, a solas con sus reflexiones en la misma habitación que ocupaba junto a la cocinera.

Era táctica del inteligente mercader Jacques Cortier, a las dos semanas de estar ella en su casa como dependienta, la llamó inesperadamente, puesto que sólo veíanse cuando ella debía entregar

las listas.

—Supongo que el trabajo te gusta, hija mía—dijo, siempre con apariencia patriarcal, el hombre inmovilizado en el sillón.

—Es de mi agrado—mintió ella.

—No has nacido para ello Soledad. Tu nombre es simbólico. Vivo en continua soledad y en mí se extinguirá al nombre de los Cortier. Yo deseo, que mis negocios tengan seguidor. Un hijo que perpetúe la compañía comercial que yo dirijo. Tus tías adoptivas me indicaron que como ama de llaves serías insubstituible. Deseo hacerte una proposición que desde todos los puntos de vista te ha de ser conveniente. Eres huérfana y pobre. Puedes ser la ama de

mi casa y saciar todos tus caprichos.

Soledad Iñigo del Ruy era reflexiva y cauta. Quería escupir todo su desprecio hacia el negrero pero callóse.

Jacques Cortier continuó, dando por cierta la aprobación:

—Te trasladarás a este piso alto, donde escogerás la habitación que más te guste.

—¿En calidad de ama de llaves, señor?

—Serás mi esposa.

—No sabéis cuánto agradezco vuestra gentileza, señor Cortier, pero reconoced que estoy apabullada y confusa.

—Lo comprendo.

—Dadme, pues, tiempo a pensar.

—¿Pensar en qué?

Iba ella a replicar que ni aún muriéndose de hambre consentiría en casarse con él, pero la contuvo su experiencia de su situación solitaria, sin amparo ni apoyo desinteresado.

—Tengo que pensar en la nueva posición que me ofrecéis, señor, y que me halaga. Dadme tiempo a que me acostumbre a la idea de que puedo ser la esposa de Jacques Cortier.

Aquel argumento engañó al sagaz mercader, que, apasionado a su manera, consintió en conceder un plazo de dos semanas para que ella se trasladase desde la planta baja al piso alto.

La "corte" de lacayos, pequeños mercaderes y dependientes que cobraban emolumentos de Jacques

Cortier, empezaron a tratar con grandes miramientos y respetos a la futura esposa del dueño.

Aquello aun acrecentó más el desprecio que Soledad Iñigo sentía hacia la manada de rastreros.

Y entonces empezó a pensar que si volvía el capitán portugués aceptaría su oferta.

Pero, quien se presentó fué un desconocido, de mirada soñadora y esbelta figura elegante.

Y, por primera vez, Soledad Iñigo del Ruy sintió en su corazón una extraña zozobra, porque era nueva la sensación que experimentaba cuando en sus ojos sintió la caricia de los aterciopelados ojos negros del desconocido que



acababa de entrar.

Capítulo II

Hacia Tarbes

El corte inglés de las ropas del desconocido, su prestancia de juvenil arrogancia física y la gravedad bien modulada de su voz, fueron con la fascinación que de su mirada emanaba los detalles en que rápidamente fijóse la española.

Cheij Khan, recordando la descripción que Narcisse Leblond había hecho de la mujer tras la cual había él venido desde

el Caribe para desafiar el cadalso erigido en Francia[1], la repitió mentalmente:

“Su piel era nácar y sus ojos brasas trágicas entre moradas ojeras de llanto o noches desveladas. Su cabello tenía negrura de dolor, pero en su risa forzada, había como desafío al Destino. Su cuerpo era una estatua de carne prieta, voluptuosa”.

Era aquella, pues, la mujer que él debía raptar para conducirla al paraje donde aguardaba el barco pirata de “Mefisto”.

Tal había sido el trato por el cual había él conseguido la libertad. Y dos cometidos tenía: llevarse a la española y someter a las más refinadas torturas a

Lyon d'Arcy, el hombre que, engañándole, le había convertido en un fugado de patíbulo, un hombre acusado de cuatro crímenes que no cometió...

Todo eso desfiló por la mente de Cheij Khan, mientras avanzando hacia el mostrador del almacén, descubrióse.

—¿Permitís, señora, que a falta de valedor, me tome la libertad de presentarme?

—Si venís a tratar negocios con el señor Cortier, yo os puedo servir—dijo ella, pensando que quizá el desconocido fuera un capitán o mercader.

Pero desechó prontamente tal idea. Era imposible que aquel joven, con trazas de trovador romántico y vistiendo con distinción de caballero, pudiera

tener nada que ver con mezquinos tenderos o bastos y brutales marinos.

Y le confirmó en su opinión, lo que Cheij Khan, con amable sonrisa, expuso:

—Viajero soy de todos los caminos, señora. No me ha atraído hasta aquí ningún afán comercial. Permitidme que os decline mi cualidad: soy Cheij Khan, árabe español, jefe de tribu de Mogador, que ha cinco años abandoné mis comarcas, para dedicarme a conocer la civilización europea. Vuestro servidor.

Inclinóse él y ella correspondió con grácil reverencia. Sentía latir en sus venas, inexplicablemente...

Tan inexplicablemente como ante Jacques Cortier sentía instintiva repulsión sentía ahora una inefable

sensación al oír la voz del joven.

—Vuestra servidora, caballero Cheij Khan. También yo soy española, y mi nombre es Soledad, siendo mi apellido el de Iñigo del Ruy.

—Desearía hablar con vos, Soledad. No toméis a mal si os digo que, careciendo de personas conocidas en esta ciudad de Toulouse y anhelando conoceros, os manifiesto sin ambages, que respetuosamente suplico vuestra compañía para hacerme más placenteros los recuerdos de esta ciudad en la cual soy recién llegado y cuyas bellezas ignoro.

Sonrojóse ella, sin saber la razón...

—¿Alguien os ha dirigido a esta tienda, caballero Cheij Khan?

—El Destino. Pasé ante las cristaleras y a través de ellas, creí gozar una alucinación evocadora. Vuestra figura me evocó la racial aristocracia de la feminidad de mi país natal. E impulsivamente, quizá incorrectamente, he entrado.

—No hay incorrección en vuestra palabra ni en vuestra actitud. Considero disculpable que me creyerais de vuestra raza, ya que procedo de Granada, la que fué amada por caudillos árabes...

Y de nuevo sonrojóse ella, prestando intención a lo que había dicho sin doble sentido.

—Encantadora es vuestra respuesta, Soledad. Ved en mí al viajero errante, que os suplica la merced de vuestra

compañía para admirar las curiosidades de una ciudad desconocida.—Y continuando con sus mentiras que tanta apariencia de sinceridad tenían, prosiguió Cheij Khan: —Concededme el honor de presentarme a vuestro padre, de quien solicitaré...

—Soy huérfana, caballero Cheij Khan.

—Huérfanos ambos, Soledad.



—También yo sóy española.

—Trabajo aquí al servicio de un lejano pariente de las que me recogieron en mi orfandad.

—Entonces, ¿sólo de vos depende el que accedáis a mi demanda de no seguir

deambulando a solas por esta ciudad?

—No tengo por costumbre salir, ya que carezco de amistades y de conocimientos.

—Comprendo entonces que os neguéis a mi petición.

—¡No! Quería significar que no hay obstáculo que se oponga a que juntos visitemos Toulouse en lo que más os llame la atención. Puedo... puedo salir ahora mismo si lo deseáis.

La natural seducción viril con que contaba Cheij Khan, veíase ahora favorecida por la situación de incipiente rebeldía en la que hallábase la española.

Desde la oferta de matrimonio de Jacques Cortier, había ella previsto lo que sucedería al negarse a ser la

libidinosa adquisición del obeso negrero.

Tendría que partir al azar, huyendo de Toulouse... y aquello representaba un incierto porvenir...

Por eso, cuando al segundo día de salir con ella, Cheij Khan manifestó su extrañeza por la fatalista resignación con que ella aceptaba mustiarse tras un mostrador de almacén, Soledad Iñigo del Ruy, ávida de alguien en quien confiar, fue explicando su vida carente de afectos desde su orfandad.

Terminó relatando la proposición de boda del mercader, y toda la repugnancia que ella sentía incontenible hacia Jacques Cortier.

Comprendió Cheij Khan que le

bastaba con seguir fingiendo ser un poético viajero árabe de caballerosas maneras y educación, para lograr que la bella española decidiera huir de Toulouse y del mercader.

Tenía, pues, asegurada la presa que debía llevar a bordo del “Mefisto”, anclado en las islas Becassine, frente al puerto de Burdeos.

—Cuanto me habéis dicho, Soledad ha hallado eco en mi espíritu. Estáis sola y desprovista de calor humano, de amistad y cariño, al igual que yo. Somos dos desamparados.

—Vos tenéis vuestra tribu, de la que sois jefe, y seguramente... al término de vuestro viaje, cuando regreséis a la lejana Arabia, hallaréis esposa que os

espere.

—No tengo siquiera prometida. He vivido siempre solitario y errante sin amores... hasta que os vi y el dardo de la predestinación clavóse en mi corazón.

A Cheij Khan, partir con la española antes de que hubiera lograda vengarse de Lyon d'Arcy, le suponía un estorbo que añadir a su peligrosa caminata por tierras francesas.

Su cabeza estaba a precio y su señalamiento andaría por las posadas y mesones de todo pueblo.

Pensó que si salía de Toulouse acompañado por la belleza llamativa de la española, era doblemente peligroso.

Fue la tercera proposición de matrimonio que en el corto lapso de un

mes recibió Soledad Iñigo del Ruy...

Cheij Khan dobló la rodilla y cogiendo la diestra de la española, en términos poéticos, manifestó su anhelo de "tener una compañera de camino con quien compartir los éxtasis y las negruras de la existencia".

Añadió que tomarían en Burdeos un navío que les condujera a Mogador, donde con la pompa y festejos adecuados, la tribu de Cheij Khan celebraría los esponsales de su joven caíd.

Y logró convencer a la deseosa de ser convencida, de que si anunciaba al enamorado mercader que partía en compañía suya, las autoridades impedirían la boda árabe, puesto que él

era considerado un infiel.

Dócilmente preguntó ella lo que debía hacer. Cheij Khan la aconsejó que dentro de tres días, a la medianoche, esperara ella en el cruce de las carreteras de Tarbes y Toulouse, donde él pasaría a recogerla en carroza.

Que dejase escrita una carta manifestando que se dirigía a Marsella, huyendo con el hombre que amaba, pero sin hacer mención de quién era.

Cándidamente preguntó ella por qué tenía que mencionar Marsella, la urbe portuaria meridional, puesto que ambos se dirigirían hacia Burdeos.

Explicó Cheij Khan que así la poderosa influencia del mercader encaminaría las pesquisas hacia el Sur,

dejándolos a ellos dos libres de emprender el magnífico viaje hacia la felicidad.

Y que debía realizarlo todo con mucho sigilo, porque no debía olvidar que, estando en realidad sometida a la tutela de Jacques Cortier, la ley la obligaría a ser devuelta al mercader si era hallada.

Partió Cheij Khan hacia Tarbes, y cuatro días después, al amanecer, leyó Jacques Cortier la carta que por bajo su puerta había deslizado Soledad Iñigo del Ruy antes de huir.

Cuando, seis días después, demostráronse inútiles cuantas pesquisas se hicieron para dar con el paradero de la fugitiva, Jacques Cortier, después de un ataque de violenta cólera

que puso carmesí su rostro, dobló la cabeza sobre el pecho.

Pensaron sus lacayos que estaba entregado a reflexiones, pero, al pasar media hora, uno de ellos se atrevió a tocarle en el fláccido brazo.

Gritó pidiendo el auxilio del médico, que limitóse a decir que Jacques Cortier había fallecido a causa de un ataque de apoplejía fulminante.

Su muerte no constituyó un gran acontecimiento, como lo habría sido en normales circunstancias, porque, hacía diez días que en la ciudad de Toulouse se había presentado el primer caso de viruela negra, y la población, aterrorizada, iba viendo sucumbir a muchos familiares atacados por la


implacable plaga...

Capítulo III

El “Ricohombre” de Tarbes

En la gascona ciudad de Tarbes había una general propensión a exagerar. Y por eso, cuando, tras diez años de ausencia, el cadete segundón sin fortuna de la casa de los d’Arcy vino asegurando que iba a comprar el antiguo castillo de los d’Arcy, que era una casa de campo instalada en la ladera del monte cercano a la ciudad, todos pensaron que Lyon d’Arcy exageraba.

Bien veían que vestía ropas costosas, que tenía un séquito de diez lacayos y que dos carrozas llevábanle a él y a su equipaje.

Pero los más taimados dijeron que Lyon d'Arcy "quemaba la pólvora en salvas", queriendo con ello significar que seguramente habría reunido algunos luises allá en tierras americanas y que los había invertido todos en adquirir su impresionante equipaje para intentar conmover a alguna de las ricas dotes de Tarbes.

Pero cuando, dos semanas después, la casa de campo abandonada estaba siendo revocada por una legión de obreros que la almenaban dándole apariencia de castillo, algo de crédito

empezaron a conseguir las opiniones según las que Lyon d'Arcy regresaba dueño y señor de una fortuna considerable.

Lo que más impresionó a los tarbenses fué el digno silencio en el que se encerró Lyon d'Arcy, el cual persistió en su mutismo cuando alguien le visitaba en su casa de campo poblada de albañiles y trataba de sonsacarle.

Aquel silencio era desusado. El Hecho de que un gascón no alardeara de poseer dinero contante y sonante, sólo podía significar una cosa: que realmente lo poseía.

Y la cábala libre empezó a considerar importantísimo lograr averiguar si el notario de Tarbes sabía algo. Pero el

notario de Tarbes, muy apesadumbrado, quejóse de que no sabía nada.

El elemento femenino no mostraba la misma curiosidad, ya que las trazas del cadete gascón distaban mucho de ser modelo de galanura viril.

Los largos brazos del gascón rozando los dedos de sus manos, cuando estaba en pie, sus propias rodillas, su corta y maciza silueta rechoncha, su anadeo al caminar, todo contribuía a conferirle el aspecto de un simio.

Por esta razón todas mostráronse realmente desdeñosas y desinteresadas en averiguar si Lyon d'Arcy era rico o no, dando por seguro que no eran más que suposiciones de los ociosos las que suputaban en enormes cifras la

hipotética fortuna del que había estado diez años ausente.

Y de pronto, por arte de magia dorada, el hombre simio vióse convertido a los ojos de las muchachas casaderas en el perfecto prototipo de todas las prendas viriles.

La misma que veinte días antes aseguraba que, antes de casarse con Lyon d'Arcy, preferiría perecer soltera, dando con ello pruebas de hasta dónde llegaba su heroísmo, decretó de pronto que, "bien mirado", el cadete de los extintos d'Arcy tenía apostura de hombre fuerte, del cual cualquier mujer sensible podía esperar protección.

Otra que aseguraba hacia la misma fecha que la figura de Lyon d'Arcy era

lo más semejante al primer poblador de las cavernas, de pronto, a los veinte días, afirmaba que la gallardía de Lyon d'Arcy denotaba fuerza y elegancia.

Y al igual sufrieron la misma transformación todas las muchachas, en estado de merecer.

¿Qué había sucedido para que fuera unánime el repentino sentimiento de adoración que suscitaba Lyon d'Arcy?..

No era, como pretendía Godillot, el bufón del pueblo, una muestra más del buen juicio de la divisa del rey galante Francisco I: "*souvent femme varie, bien fol est qui s'y fie*".

Había sido mucho más sencillo. La noche anterior al cambio total de opiniones, en la casa de campo de los

d'Arcy había tenido lugar un suntuoso banquete.

En el ágape, al cual habían sido invitadas las personalidades de Tarbes, Lyon d'Arcy, con afectada sencillez de gran señor, invitó al notario a que leyera un pliego que acababa de entregarle.

Y en voz alta fué el notario especificando con visajes de pasmo y exclamaciones coreadas las distintas sumas que en luises atesoraba Lyon d'Arcy en distintas casas de banca de Francia.

Lyon d'Arcy era el "ricohombre" de Tarbes. El aventurero cadete que había partido diez años antes, mísero y a las Indias, regresaba ahora poseedor de la mayor fortuna de Tarbes.

Y Lyon d'Arcy sintióse enormemente ufano cuando todos, uno tras otro, brindaron por el "valiente oficial", por el "genial navegante" y por el "ricohombre de Tarbes".

Permitióse después el estudiar con displicencia a todas las que, acompañadas de sus madres, desfilaban, ruborosas en apariencia, por delante de la terraza de la hostería lujosa de Tarbes, donde Lyon d'Arcy se dignaba tomar un jarro de vino en compañía del notario, del alcalde, del veterinario, del cirujano y del capitán de la guarnición.

Todo le sonreía a Lyon d'Arcy. Su vanidad era cosquilleada gratamente por las muestras de deferencia que a profusión recibía, siendo invitado y

agasajado por todas las familias pudientes de su ciudad natal.

Ninguna sombra se cernía sobre el horizonte de su vida, porque cuando pensaba en los autores de su actual bienestar de hombre adinerado, que usufructuaba el título de “ricohombre” de Tarbes, veía a una novicia próxima a tomar los hábitos en un lejano convento de los Países Bajos.

No había testigo alguno de su canallada. El único que podía haber representado una sombría amenaza, hacía ya más de siete días que estaría reducido a polvo, descuartizado en plena plaza de Greves parisina, bajo la acusación de cuatro crímenes que no cometió, pero en los que todas las

apariencias le acusaban, gracias a la diabólica "preparación" que el propio Lyon d'Arcy llevó a cabo en la ejecución de los sangrientos hechos.

Y con esos pensamientos Lyon d'Arcy vivía dichoso, dedicándose a fanfarronear discretamente aludiendo a imaginarias hazañas realizadas en lejanas tierras de Ultramar, según cuyas versiones, gracias a que él, de quien se había enamorado perdidamente la hija de un jefe de tribu inca, logró aplastar a una tribu enemiga, había sido recompensado con un cofre de lingotes de oro, que redujo a moneda francesa al llegar a la metrópoli.

El veterinario, con guiños picarescos, solicitaba saber el epílogo amoroso:

entre el bravo gascón y la bella india peruana, pero Lyon d'Arcy, con modesto continente de gran elocuencia, daba a entender que, aunque dejó un corazón destrozado, no podía consentir en que un cadete de la dinastía de los d'Arcy verificara un enlace "morganático" con una salvaje.

De pronto, cundió una pavorosa noticia. En Toulouse habían aparecido los primeros casos de una epidemia de peste.

La viruela negra podía extenderse, y debían, por tanto, tomarse todas las medidas posibles para evitar la atroz mortandad que suponía la aparición en las manos, en el rostro o en el cuello de la fatídica marca roja, anunciando la

enfermedad que no perdona.

Por las noches, Tarbes parecía una ciudad espectral. Hogueras de paja embebida en líquidos corrosivos, ardían por las calles, desparramando humo acre y espeso, destinado, según las prescripciones de la época, a vencer al microbio del mal.

Desfilaban hombres revestidos de túnica blanca y capirote cubriéndoles la faz, con antorchas con las que prendían fuego a cualquier montón de basura.

Llamaban “humear” a las visitas que hacían por las casas, prodigando el humo de especiales antorchas también embebidas en líquidos corrosivos.

Lyon d’Arcy dormía apaciblemente, desmintiendo el dicho de que una

conciencia intranquila priva de sueño, cuando, pese a revestir un camisón, sentóse en el lecho, rebosante de majestuosa indignación, al mirar al encapuchado figurón vestido de blanco que, con una antorcha en la diestra, estaba detenido al pie de su cama.

—Respetad el sueño de un caballero fatigado, buen hombre... — dijo Lyon d’Arcy—. “Humear” es lícito y legal, pero podíais haberlo hecho antes de que me dispusiera a reposar.

La figura quedó inmóvil y silenciosa.

Lyon d’Arcy señaló con el índice tendido la puerta de la alcoba:

—Salid, buen hombre.

La figura enrojecida por la llama de la antorcha presentaba dos círculos negros

en la blanca tela del capirote.

Aquellos ojos destellantes, mirando como una fiera al acecho, hicieron que Lyon d'Arcy sintiérase repentinamente intranquilo y desasosegado.

—¡Salid, he dicho!

La antorcha cayó al suelo y el encapuchado quitóse el capirote de un revés de mano.

Lyon d'Arcy intentó gritar, pero el alarido de intenso miedo cerval que iba a lanzar quedó ahogado en su garganta, porque Cheij Khan, con la izquierda rodeó su cuello, apretando...

—Aullarás días y noches, Lyon d'Arcy —dijo el hijo del Pirata Negro, con voz pausada—. Todos los tormentas más crueles pocos serán para el que destruyó

mi vida.

Paralizado de horror, Lyon d'Arcy no se movía. Habíase visto en trances difíciles, pero nunca siendo ricohombre vióse de pronto perdida la fortuna y la vida.

Sufrió un desmayo, y cuando se recuperó estaba inmovilizado por una blanca túnica bajo la cual estaba estrechamente atado.

Y la tela blanca y el capirote que cubrían su rostro impedían ver la mordaza que apretaba sus labios dolorosamente.

* * *

En el cruce de las carreteras de Tarbes

y Toulouse, Soledad Iñigo del Ruy esperaba ansiosamente.

Le pareció vivir un momento de ensueño cuando, descendiendo de la carroza que a todo galope procedía de Tarbes, Cheij Khan vino a besar su mano.

—El mundo es nuestro, Soledad. Tú y yo—dijo Cheij Khan, a modo de saludo.

—Temía... que hubierais olvidado vuestra promesa.

—¿Cómo pudiste ni por un instante pensar que iba yo a olvidarte? ¡Postillón! Recoge el equipaje de la señora y colócalo en el pescante.

—Podría ir en el arcón posterior—dijo Soledad, señalando la gran caja que, sostenida en el puente trasero de la

carroza, presentaba diminutos agujeros, como si la carcoma hubiese mordido la madera.

—Ahí llevo yo mis ropas y efectos—dijo Cheij Khan.

Lyon d'Arcy, en el interior del arcón, podía respirar, pero no podía hablar. Sudaba a efectos de un intenso miedo...

Hasta entonces Cheij Khan no le había inferido el menor daño, aparte atarle y amordazarle...

Y precisamente aquello, el estar viajando en el interior de un arcón, traqueteado al galope de los caballos y yendo hacia un destino ignorado, sumía al maligno gascón en un temor inaudito.

En el interior de la carroza, y a solas con Cheij Khan, Soledad callaba.

Fueron pasando minutos, y cuando a la media hora, Cheij Khan continuaba en silencio, mirando rectamente ante él, como en meditaciones profundas, bisbiseó la española:

—¿Hacia Burdeos, Cheij Khan?

—Sí.

—Os percibo absorto en reflexiones.

—Sueño... en todo lo que pudo ser y no ha sido.

Ella, que hubiera deseado cierta efusión, creyó que la compleja mentalidad árabe deseaba considerarla como digna de total respeto, hasta que allá en su tribu el guapo árabe la convirtiera en esposa suya.

Iba a ser su primer sueño de amor, y la más cruel de las aventuras.

Capítulo IV

Proyectos de futuro

El pequeño pueblo costero ardía por sus cuatro costados. Formaban racimos trágicos los ahorcados que, iluminados por las llamas, pendían de árboles en la playa.

La aldea de Brievers, compuesta de un centenar de casas y aproximadamente un millar de habitantes, había sido borrada del mapa en una rápida incursión.

Mujeres, ancianos, niños y todo

hombre de Brievers había sido salvajemente pasado a cuchillo antes de colgar de los árboles, sirviendo de soga las mismas ropas de cama de los hogares pillados.

En la playa, y frente a los ahorcados y a los hogares en llamas, había varios maderos hincados en el suelo que llevaban una pancarta laboriosamente escrita:

"Mefisto recuerda a Francia que no perdona insolencias."

"Mefisto", el alias temido del ex corsario Narcisse Leblond, era objeto de la más total reprobación entre los franceses, que aun antes de saber lo sucedido en Brievers repudiaban al que, siendo corsario, convirtió la nave

“Tonnerre” en pirata, dotándola de un mascarón de proa simulando un sonriente diablo de rubios cabellos.

Un pirata francés que cometía fechorías a diestro y siniestro, atacando naves francesas sin perdonar vidas.

“Un genio del mal”, decían los marinos.

Tenía por lugarteniente a un insensible inglés llamado Fenimore Graskell, apodado “Ojos de Plata” por la claridad gris de sus ojos destacando en el bronceado y rasurado rostro.

El “Mefisto”, la nave pirata, alejábase de la aldea de Brievers. En el puente, Narcisse Leblond asestó la última ojeada con su catalejo a la hoguera que, disminuyendo, aureolaba de rosáceos

resplandores las múltiples siluetas de ahorcados.

—Francia ha pagado con mil vidas la insolencia de haberme transportado en carreta, donde recibí un millar de pellas de barro. Esta acción te parecerá superflua, ¿no, Graskell?

La alusión del capitán pirata a la palabra favorita del inglés lugarteniente no hizo asomar la menor sonrisa al rostro enjuto e impávido de Fenimore Graskell.

—Tienes que velar por tu buen renombre, Leblond—dijo, sin intención humorística.

Alto, esbelto y fuerte, Narcisse Leblond, de cabellos rubios, poseía un rostro diabólicamente bello, donde los

delgados labios tenían un frunce sarcástico.

Sus ojos rasgados, de comisuras estrechas, las cejas finas, espesas en el caballete de la nariz recta, afinándose en oblicuo trazo hacia arriba, la puntiaguda barbilla y sus estrechos labios, conferían a sus rasgos faciales un aspecto mefistofélico.

Espadachín consumado, y luchador avezado a todas las malas artes de la pelea desleal, le hacían temible sus dotes de maléfica inteligencia al servicio del mal.

“Sin Misericordia” y “Témpane” eran otros dos apodos de que disfrutaba Fenimore Graskell, y, no obstante, considerábase, pese a toda su crueldad

fría, un discípulo frente a su capitán.

Indudablemente la fama es fortuna que debe cuidarse—replicó Leblond—. Algunas veces las frases que me citas de tu cínico abuelo me gustan, Graskell. Una de ellas, que es mi lema, dice que en este mundo todo es extorsión. Hay que sacar lo máximo de todo. ¿Consideras superfluo el haber arrasado Brievers? No ha habido botín.

—Las figuras retorciéndose y maldiciendo tu nombre eran espléndido botín,

—Eres inteligente, Graskell. Sabes comprender que no todo han de ser brutales satisfacciones. Hay delicadezas espirituales, tales como las que acabo de experimentar en Brievers, que

demuestran que no sólo de carne vive el hombre. En estos instantes estoy viendo a la madre que, arrodillada y abrazada a mis piernas, me pedía la vida de su hijito, aquel mocoso de ocho años que ensartaste tú con el sable. ¿Oíste el extraño grito que lanzó la mujer? Tenía reminiscencias lóbregas de caverna. Llegó a dañar mis oídos.

—Por eso quizá le cortaste el cuello de un revés de daga.

—La gente apegada a esas vulgaridades de familia, hogar y decencia, son despreciables. ¿A qué habrán venido a la vida? Pero dejémonos de moralizar. ¿Quieres decir algo?

—Si te complacía oír los gritos de la

madre, ¿por qué le cortaste el cuello?..

—No seas sensible, Graskell. No fué por molestia anímica, sino por molestia auditiva. Eran gritos poco armónicos.

El timonel que entraba de servicio vino a detenerse ante los dos hombres.

—¿Orden nueva, capitán?—inquirió Graskell.

—Rumbo de regreso a las Becassine. A tu sitio, timonel.

Alejóse el pirata, y Narcisse Leblond comentó:

—El buen rey de Francia es generoso al conceder libre anclaje a cualquier nave en las Becassine. De todos modos, que vuelvan a cubrir el mascarón de proa y disfracen los palos y la estructura. Si el buen rey Luis supiera

que le honro anclando en las Becassine, se tomaría la molestia de suprimir el privilegio, y no quiero darle excesivo trabajo. Rumbo a las Becassine.

Cuando el navío se inmovilizó en una de las pequeñas islitas que como collar enmarcan a dos millas el cuello del puerto de la ciudad de Burdeos, Narcisse Leblond se encerró en el camarote del puente con Fenimore Graskell.

—Estudiemos ahora el itinerario, Graskell. Tan pronto llegue el joven árabe y me entregue a la española, zarparemos.

El francés miró interrogante el rostro impávido de su lugarteniente.

—Puedes emitir tus dudas. ¿Algo

superfluo?

—Me extraña la confianza que demuestras con respecto a Cheij Khan. Das por cierto que regresará.

—Es joven. Cumplirá su palabra. Conozco a los hombres, porque me conozco a mí mismo. Yo salvé a Cheij Khan de ser ejecutado, y al darle libertad para poder vengarse pagará el precio que le pedí. Me entregará la española.

—Pareces tener cierta admiración por el árabe.

—Es un sujeto valioso. Podría yo transformarlo en un temible pirata. No quiere ir al Caribe, pero quizá logre convencerlo.

—¿Para qué necesitas un hombre en el

Caribe?

—Ahora te explicaré mis proyectos de futuro. ¿Te gusta el Caribe, Graskell?

—Es mar repleto de emociones.

—¿No le sobra algo?

—La Legión del Mar.

—Eso es. Desde que el conde Ferblanc, ese renegado Pirata Negro, ha creado sus destacamentos, debemos vivir en continua zozobra, por temor a infiltraciones en nuestros puertos de escala.

—Tu barco es rápido.

—Pero no me basto para exterminar a la Legión del Mar. El conde Ferblanc se ha jactado de que me ahorcará en el palo mayor de su "Aquilón", y yo he prometido hacer lo mismo con él. Pero

con sólo el “Mefisto” no basta.

—Dame un barco, y juntos,..

—Hay barco para ti, Graskell. Pero déjame explicarte lo que proyecto. Ese Cheij Khan es un chacal valioso. Le puedo dar a él otro barco, y los tres exterminaremos a la Legión del Mar.

—Joven es el muchacho árabe. No tiene experiencia de mar. No ha mandado naves.

—Su aspecto es de mucha utilidad. Puede figurar en cualquier palacio como un caballero trovador.

—No lo niego. Pero a bordo no le sirven esas cualidades.

—Le traté durante un mes. Le conozco. Quisiera engañarme, pero no lo logro. Cuando hayamos exterminado a la

Legión del Mar, tendremos que suprimir a Cheij Khan.

—¿Por qué? ¿No será superfluo?

—Cheij Khan es de la raza única que crea una vez por siglo al aventurero de alto copete, que tanto puede ser almirante del rey, príncipe por boda de amor o político en tierra ruda de luchas y pasiones.

—¿No lo valoras en demasía?

—No valoro nunca sino ajustadamente. Cheij Khan es por nacimiento un jefe.

—Puede contar patrañas respecto a su nacimiento. También hay quien te cree nacido de aristócratas, y tú mismo admites que los puentes del Sena te vieron nacer de padres mendigos que te

abandonaron a la miseria.

—No hablo de cuna, sino de temperamento. Yo soy el pirata más famoso del Caribe, y podría haber sido el corsario del rey, pero no quise más rey que el diablo, al que quiero representar dignamente en la tierra. Cheij Khan puede haber nacido de un conductor de caravanas y una árabe danzarina, pero será, si lo quiere, lo que se proponga.

—Admito, puesto que tú lo admites. ¿Dónde están nuestros dos barcos?

—En el Mar Rojo.

—¿La Costa Pirata de los Árabes?

—Es el itinerario más indicado para regresar al Caribe poderosos.

—Gran vuelta supone.

—Pero allí tenemos dos barcos con un poco de habilidad. ¿Conoces la interesante historia de la Costa Pirata arábiga?

—Muy superficialmente.

—Te la narraré, porque es instructiva. Escucha...

Capitulo V

La costa pirata arábiga

La Arabia termina al Este con la gran península de Omán. Está limitada al Norte por el golfo de Persia, que es una prolongación del Mar Arábigo a través del angosto estrecho de Ormuz.

A medida que el marino se aproxima a este estrecho, viniendo del golfo de Omán, observa a su izquierda la baja y dentada tierra conocida de los marineros durante cientos de años por la temible

Costa Pirata.

Tiene una extensión aproximada de cincuenta millas.



Estas aguas han sido probablemente la cuna de la navegación, y, como consecuencia natural, de la piratería.

A causa de su posición geográfica llegó a ser el primer eslabón del tráfico comercial entre Oriente y Occidente. Cuando las mercancías de Oriente principiaron a ser introducidas en el Occidente, fueron los árabes de Omán quienes las transportaron de la India a Persia.

Este tráfico aparece mencionado ya en las inscripciones monumentales de Nínive, Babilonia y Egipto, que se remontan a unos cinco mil años antes de J. C.

Los árabes de esta costa, al principio pescadores, poco a poco fueron perfeccionando sus conocimientos en la navegación y en la construcción de barcos, fueron atreviéndose a alejarse

de la costa y, finalmente, a salir para tierras lejanas.

Hacia el siglo IX los árabes muscat mantenían relaciones comerciales con Cantón, en la China, y tenían agentes en lugares tan remotos como Siam, Java y Sumatra.

Los productos que traían de regreso al golfo Pérsico eran especias, incienso, sedas y otros preciados productos del Oriente.

Eran los de Omán los que proporcionaban a los egipcios la mirra y las especias para el embalsamiento de sus muertos.

Las mercancías traídas de la India, reembarcadas en Omán, hacia el golfo Pérsico, ascendían por el Éufrates a

Babilonia, de donde, a su vez, eran transportadas por caravanas que cruzaban el desierto, hasta el Mediterráneo.

La parte final del transporte y del comercio estaba en manos de los fenicios, que, aunque considerados entre los más antiguos navegantes, fueron precedidos por los árabes en algunos miles de años.

Fué mucho más tarde, tal vea quinientos años antes de J. C., cuando el Mar Rojo empezó a competir formalmente con el golfo Pérsico en el transporte de los productos de Oriente a Europa.

En la Costa Pirata había establecidas ya algunas tribus que se dedicaban a la

navegación; pero la más poderosa de ellas y la que jugó un papel más importante en la piratería fué la de los fieros joasmes, los primeros conocidos de los europeos cuando los barcos mercantes portugueses principiaron a circular por los estrechos de Ormuz y por el golfo Pérsico allá en los albores del siglo dieciséis.

No es raro que esta costa, dentada de un extremo a otro por ensenadas, lagunajos y escolleras y habitada por una raza de fuertes instintos de rapiña, llegara a convertirse en un nido de ladrones apenas hicieron su aparición por allí los primeros barcos mercantes europeos.

La ciudad principal de los joasmes era

Ras-El-Hado, que ha conservado su fama hasta bien entrado el siglo diecinueve como uno de los principales centros de la trata de esclavos.

Las actividades de los joasmes empezaron a adquirir una importancia más que local en diciembre de 1678, cuando seis de sus “dhows” atacaron en el golfo Pérsico a un barco inglés portador de despachos oficiales, y, tras una encarnizada lucha, que duró tres días, se apoderaron de él y lo condujeron a Ras-El-Hado.

Envalentonados por este triunfo, repitieron la hazaña al año siguiente con otros dos barcos ingleses.

En octubre de 1697 demostraron su desprecio por los europeos en un

sorprendente ataque, no contra un indefenso barco mercante, sino contra un navío inglés, el “Viper”, que se hallaba en la bahía de Bushire.

Éste había anclado muy cerca de la flota de “dhows” de los joasmes, quienes inmediatamente mandaron a buscar al agente de la “East India Company” en la ciudad, y, después de muchas protestas de amistad, le pidieron que les suministrara pólvora y proyectiles, lo cual, con gran estupidez por parte del agente, fué concedido mediante una orden que se mandó al capitán del “Viper”, que llamábase Carruthers.

No bien hubo llegado la pólvora a los “dhows” joasmes, cuando éstos

cargaron sus cañones y abrieron fuego cerrado sobre el navío inglés.

La tripulación del “Viper”, que se hallaba tomando el desayuno, subió precipitadamente a cubierta, y al darse cuenta del peligro que les amenazaba cortaron las amarras, a fin de tomar ventajas en las maniobras.

Entonces tuvo lugar una furiosa batalla, en la que uno de los primeros en caer heridos fué el capitán Carruthers, el cual recibió un sablazo en la ijada, pero después de atarse un pañuelo a la cintura continuó luchando, hasta que finalmente otro sablazo le partió el cráneo y cayó muerto.

Su lugarteniente, llamado Salter, se hizo cargo del mando, y combatió tan

furiosamente contra los “dhows” que los puso en fuga.

De una tripulación de sesenta y cinco hombres el “Viper” perdió treinta y dos, entre muertos y heridos, habiendo demostrado gran valor y energía al salvarse de una captura casi cierta.

El Gobierno de Bombay no hizo ninguna clase de averiguaciones para poner en claro este asunto, ni se tomó el menor interés en castigar a los piratas joasmes.

Si, por el contrario, hubiera respaldado a los héroes del “Viper”, es probable que el fin de los piratas joasmes habría sido muy distinto.

Indudablemente, los árabes tuvieron aquel día en Bushire una dura lección,

cuyos efectos fueron saludables durante algunos años.

La indiferencia y el fracaso de la Compañía en las represalias hizo que la lección se olvidara, contribuyendo así a la pérdida de valiosos barcos y vidas.

La era de tranquilidad no duró más de siete años. El rey de Omán era un gobernante de mano dura, y en general llegó a tener a raya a los piratas con mucha más eficacia que el Gobierno inglés en Bombay.

En septiembre de 1704 salió de su residencia en una expedición naval. Camino del golfo Pérsico, se le ocurrió trasladarse a una pequeña embarcación con el objeto de desembarcar en Bassidore, al tiempo que los demás

barcos le seguían despaciosamente.

Al aproximarse el barquichuelo a la costa salieron de repente tres “dhows” de la escuadra joasme, que se precipitaron en la ensenada y lo capturaron.

Al primer ataque cuerpo a cuerpo, los piratas quedaron victoriosos, escondiéndose inmediatamente antes de que apareciera por allá la flota muscat.

Con la muerte del sultán, todo el orden y la seguridad desaparecieron del golfo, y los joasmes, no hallando ahora la menor resistencia, se volvieron más audaces que nunca.

A esto siguió una serie de tropelías que culminaron en la destrucción de gran número de barcos ingleses, hasta que el

capitán David Seton, el residente en Muscat, logró convencer al Gobierno de este territorio de la necesidad de enviar una expedición punitiva contra los piratas joasmes.

El propio capitán Seton dirigía la armada árabe que bloqueó a los piratas en la isla de Klshm y les obligó a rendirse.

Después de largas negociaciones entre Bombay y los joasmes, se firmó un tratado en 1706, según el cual los piratas prometían no volver a molestar a las embarcaciones inglesas a cambio de que se les permitiera mercar con los puertos ingleses establecidos entre Surat y Bengala.

La inutilidad de tal tratado se vio

luego muy pronto, cuando un barco de la Compañía fué atacado por cuatro “dhows”. Tres de ellos fueron echados a pique, en Surat, capturándose a la tripulación, que fué enviada a Bombay.

Allí fueron juzgados, y, aunque se les encontró culpables, fueron inexplicablemente puestos en libertad. El agradecimiento de los joasmes a esta increíble debilidad del Gobierno de Bombay fué el apresamiento en masa de veinte embarcaciones de los nativos, que fueron remolcadas al golfo y utilizadas más tarde como parte de su flota de cincuenta “dhows” en nuevas agresiones a la costa índica.

Los piratas, por entonces, habían perdido el miedo a los barcos de guerra

de la Compañía, a los cuales atacaban con absoluta impunidad, henchidos de temeridad.

De cuando en cuando se les lograba rechazar. En abril de 1708 intentaron abordar el "Fury", barco bien artillado, al mando del teniente Gowan, con la idea de que era fácil presa a causa de sus pequeñas dimensiones.

Pero el "Fury" hizo honor a su nombre; logró rechazarlos, infligiéndoles enormes pérdidas.

Tal vea se piense que el teniente Gowan y su valiente y reducida tripulación recibieron alguna recompensa del Gobierno. No hubo tal, sino que, por el contrario, merecieron una acre censura al llegar a Bombay.

El resultado de esta política se vió bien pronto con toda claridad. Ese mismo año un barco de setenta y ocho toneladas, el “Sylph”, se dirigía a Bushire en compañía de otros dos que conducían al embajador inglés en Persia, Sir H. J. Brydges.

El “Sylph” se había retrasado, quedando a retaguardia de los otros dos barcos. Se le acercaron entonces varios “dhows”; sin embargo, el oficial que lo mandaba, el teniente Graham, se abstuvo de disparar hasta que las embarcaciones árabes estuvieran a su lado, obedeciendo con ello a las estrictas órdenes impartidas por el Gobierno de Bombay.

De este modo, y cuando ya era

demasiado tarde para actuar, los “dhows” hicieron una salva de disparos, haciendo fácil presa del “Sylph”, que no pudo ni siquiera hacer un sólo disparo en defensa propia.

Los joasmes, como de costumbre, asesinaron a toda la tripulación, degollándolos sobre la borda del barco e invocando jubilosamente el nombre de Alá.

El teniente Graham logró escapar a pesar de haber sido herido gravemente al caer por la escotilla de proa durante la refriega del abordaje.

Con gran trabajo consiguió arrastrarse hasta la bodega, donde permaneció escondido. A continuación los piratas emprendieron triunfalmente el regreso

con destino a Ras-El-Hado, pero en el camino fueron alcanzados por la fragata "Nereide", y Graham y su barco fueron rescatados.

En este mismo año de 1708 fué cuando ocurrió una de las más extraordinarias y emocionantes aventuras que nunca ocurriera a un grupo de ingleses en sus relaciones con los joasmes.

El "brick" "Fly", de veinte cañones, perteneciente a la "East India Company", y al mando del teniente Mainwaring, fué capturado frente a Kais por el famoso corsario francés capitán Lemaitre, comandante de "La Fortune".

Antes de ser abordado por el enemigo, el oficial inglés lanzó por la borda la documentación y el tesoro del barco,

señalando en la carta náutica el lugar de ello para recuperarlos cuando hubiera ocasión.

Mainwaring y dos de sus oficiales fueron conducidos a la isla Mauricio, mientras los demás oficiales y la tripulación fueron llevados a Bushire y puestos en libertad.

Sabiendo que la documentación provinente de Londres era de gran importancia, los oficiales desembarcados en Bushire compraron con su dinero un “dhow” de los nativos, lo acondicionaron y emprendieron el viaje golfo abajo con rumbo a Bombay.

En el camino se detuvieron en Kais, y, tras grandes dificultades, lograron salvar la documentación. Una vez

conseguido su objeto emprendieron la marcha de vuelta; pero al llegar a las proximidades de la boca del golfo fueron apresados por una partida de joasmes, después de una encarnizada resistencia, en la que varios ingleses resultaron muertos.

Los piratas condujeron a los cautivos a Ras-El-Hado, donde se les guardó, con el objeto de pedir rescate por ellos.

Durante su estancia allí fueron mostrados a los habitantes de la población como seres extraños, pues hombres semejantes no habían sido vistos jamás por aquellos alrededores.

Las damas fueron tan minuciosas en sus investigaciones, que no quedaron satisfechas hasta no determinar con

seguridad en qué consistía la diferencia entre un incircunciso y un fiel creyente...

Después de permanecer estos ingleses durante muchos meses en posesión de los árabes, y cuando no había ya la menor esperanza de rescate, los piratas determinaron quitarles la vida para librarse de enemigos inútiles.

El ansia por conservar la vida, sin embargo, les sugirió un plan, con la esperanza de prolongarla un poco más. Con este fin comunicaron al jefe de los piratas joasmes que había un tesoro fondeado por ellos cerca de la isla Kais, y que si se les proveía de lo necesario lo recobrarían, pues conocían el sitio con bastante exactitud por señales que habían marcado en puntos de la costa.

Le ofrecieron comprar con el tesoro recobrado su propia libertad, cosa que se les prometió solemnemente para cuando terminara la empresa.

Al cabo de un tiempo salieron para el lugar, acompañados de buceadores especializados en la busca de perlas en los bancos de Bahrain, y, después de anclar en el sitio señalado, dieron comienzo a la busca del tesoro.

Tuvieran tanto éxito los primeros buceadores, que pronto toda la tripulación se echó al agua, dejando el barco abandonado.

Como todo el mundo se hallaba entretenido en la búsqueda del tesoro, parecía haber llegado un momento oportuno para la fuga, y los ingleses

estaban ya prestos para reducir a los pocos que quedaban a bordo, cortar el cable de amarra y largar velas.

Pero sus movimientos fueron observados e inspiraron sospechas, pues los buceadores comenzaron a subir aprisa a bordo y el plan quedó frustrado.

Lo inverosímil habíase presentado: el tesoro existía, y lo que había sido imaginado por los ingleses era cierto.

A pesar de este intento de fuga, los joasmes cumplieron su palabra y pusieron en libertad a los ingleses, que emprendieron marcha a pie, camino de Bushire, siguiendo la costa.

Pasaron toda clase de privaciones y numerosas penalidades. Ninguno de ellos conocía ni una palabra del idioma

del país, y como se les hubiera quitado todo el dinero y la mayor parte de la ropa, pronto se vieron acosados por el hambre y la inclemencia.

Los primeros en morir fueron los marineros indios y los sirvientes nativos. Luego los europeos fueron cayendo, uno tras otro, a lo largo de los caminos, teniendo que quedar abandonados a merced de los indígenas.

En medio de todas estas desventuras estos bravos hombres lograron conservar intacta la documentación, y al llegar a Bushire sólo quedaban dos de toda la expedición: un oficial de barco mercante llamado Jowl y un marinero inglés llamado Pennel.

Estos dos pudieron al fin llegar a

Bombay con los preciados documentos, donde en lugar de agradecerles y recompensarles por su heroísmo y sufrimientos, sólo merecieron la frialdad e ingratitud del gobernador Duncan.

El escándalo de la actuación de los joasmes llegó a ser tan grande y las quejas tan numerosas, que el Gobierno Supremo de Calcuta se vió obligado a tomar cartas en el asunto.

Lord Minto era a la sazón gobernador general, y mandó al Gobierno de Bombay que preparase una expedición para marchar al golfo Pérsico.

Las fuerzas reunidas en septiembre de 1719 a las órdenes del coronel Lionel Smith eran poderosas y se componían de dos fragatas, nueve goletas y regimiento

y medio de regulares y aproximadamente unos mil de tropa nativa.

Primeramente se dirigieron para Muscat, donde el coronel Smith obtuvo la cooperación de los dos soberanos de Omán. De allí se dirigieron a Ras-El-Hado, la capital de los joasmes, donde llegaron el mes de noviembre.

Desembarcaron las tropas y con gran denuedo hicieron retroceder a las fuerzas piratas que se les oponían. Muy rápidamente se apoderaron de la ciudad, que saquearon antes de condenarla a ser pasto de las llamas.

Unas sesenta embarcaciones de los piratas ancladas en el puerto fueron destruidas y un barco capturado volvió a la posesión de sus antiguos dueños.

La flota partió enseguida para Shinas, otro punto inerte de los piratas que recibió un trato parecido.

La expedición había alcanzado un éxito sin precedentes; sin embargo, tuvo que regresar rápidamente debido a la "política ciega y titubeante del Gobierno de Bombay, que ataba las manos de sus marinos y consideraba a los piratas como árabes inocentes e inofensivos", para citar las propias palabras del gobernador Mills.

Por supuesto, en menos de un año los joasmes habían reorganizado sus fuerzas y pronto volvieron a reinar como soberanos y señores de un extremo a otro del golfo Pérsico.

* * *

—¿Conoces ya la situación de la tierra donde hemos de ir a por tu barco y el de Cheij Khan si éste acepta? —preguntó Leblond al terminar su historia de la Costa Pirata.

—Oí hablar de ello.

—¿No te parecen unos incapaces tus compatriotas que dirigen la política de Bombay?

—Hablé cierta vez con un entendido en esas cuestiones. Me indicó que las vacilaciones incomprensibles de los políticos debíanse a un temor: encender la guerra santa.

—Santa es siempre la guerra, porque devuelve al hombre a su estado natural.

La guerra ni es cruel ni indigna, sino solamente porque demuestra la tontería infinita de los hombres. Y después de este eructo de cultura, dime qué entiendes por guerra santa.

—La peligrosa unión de todos los árabes y de cuantos profesan la religión mahometana.

—Mahomet es grande... y yo voy a convencer a Cheij Khan para que en breve aparición sea su nuevo profeta. Es muy importante convencer a Cheij Khan. Ya lo verás. De él dependerá que los dos nuevos barcos nos cuesten más o menos. Si se niega a unirse a nosotros, tendremos que piratear a sangre y fuego. Si acepta, conseguiremos sin riesgos y pronto dos buenas naves.

—¿Cómo?

—Ya has oído hablar de los “dhows”. Son pequeñas embarcaciones. Atacan a barcos grandes, pero lo harían mejor desde otro mayor. Los joasmes son independientes, y no aceptarían tu mando o el mío. En cambio, la presencia de Cheij Khan, hablando árabe, y simulando lo que no siente, es decir, fervor arábigo, puede engañar a los joasmes.

—Puede entonces suscitar en él la ambición de convertirse en un califa.

—No. Porque ya existe uno: Thomas Horton. El hombre cuya historia es la más singular. La vida de un inglés entre los joasmes. El inglés, al cual debemos evitar de encontrar en este camino.

—¿Quién es Thomas Horton?

Capítulo VI

Thomas Horton

En el año 1710, la honorable “East India Company” envió su goleta “Galant Hope” en un crucero por el golfo Pérsico con el fin de proteger la navegación inglesa contra los piratas, y ordenó al capitán que de paso pagara el tributo anual al poderoso Sheik, de Kishmah.

El llamado tributo era pagado, aparentemente, por los servicios del

Sheik en la campaña de persecución a los piratas; pero realmente era una exacción que se pagaba para que sus piratas no se metieran con los barcos de la Compañía.

Desgraciadamente la “Gallant Hope” chocó contra una roca que no afloraba en las inmediaciones de la isla, sufriendo considerables desperfectos.

Pocos momentos después, una compañía de soldados árabes se presentó en la costa y enviaron un mensaje al capitán de la “Gallant Hope”, diciéndole que no permitirían el desembarque de ningún hombre sin un permiso escrito del propio Sheik.

No habiendo otra alternativa, se envió una carta, y al cabo de tres días

recibieron la respuesta favorable del Sheik, con un saludo cordial invitando al capitán y a sus oficiales a que vinieran a la capital, donde serían atendidos como huéspedes mientras durase la reparación del barco.

No se atrevieron a rechazar semejante invitación, y a su llegada a la capital fueron recibidos amablemente por el augusto personaje y alojados en su palacio.

Como ninguno de los oficiales hablaba el árabe, toda la conversación con el Sheik se hacía por mediación de un intérprete, y, naturalmente, quedaron profundamente sorprendidos al enterarse que el Sheik era nada menos que un compatriota de ellos.

Mientras los huéspedes no hicieron el intento de dirigirle la palabra en inglés el Sheik se les mostró benévolo y cordial.

Hizo todo lo posible para que los oficiales estuvieran lo más cómodamente posible, y cuando se enteró que la tripulación de la “Gallant Hope” se componía de ciento veinte hombres entre oficiales y tropa, ordenó graciosamente el envío de igual número de mujeres de harén a bordo, como obsequio del soberano.

Las mujeres mostráronse encantadas al verse libre de su encierro, pero no así el capitán inglés.

—¿Por qué?..—preguntó Graskell, que escuchaba atentamente la narración de

Narcisse Leblond.

"Mefisto" hizo un ademán perentorio:

—Pregunta superflua, Graskell. Tú conoces el trastorno que una sola mujer puede causar a bordo de un barco. Puedes, pues, figurarte lo preocupado que estaba el capitán preguntándose hasta qué límites alcanzaría el trastorno con ciento veinte mujeres a bordo.—Y reanudó Leblond su relato.

El capitán, sin embargo, no se atrevió a rehusar el regalo real; así pues, al ofrecerle las gracias, ordenó que las muchachas fueron conducidas a Bombay, donde se deshizo de aquellos ángeles de ébano.

Porque el Sheik había entregado esclavas negras.

Las investigaciones cuidadosas que se llevaron a cabo fueron descubriendo poco a poco el misterio de la vida del Sheik de Kishmah; atando cabos de un lado y de otro, llegó a demostrarse que no era otro que Thomas Horton, anteriormente bandido, malversador, pirata y criminal notorio.

Thomas Horton nació en Newcastle el año 1659, y siendo un muchacho de doce años entró de aprendiz en casa de un sastre de la ciudad de Sandgate.

Después de pasar cinco años cortando y cosiendo, el joven Tom halló un oficio mucho más rápido y fácil para hacer dinero.

Cierto día su amo le mandó a la casa de banca para cobrar una carta de pago

por valor de seis libras. Tom añadió un cero al seis, puso las letras que faltaban a la palabra[2], cobró la carta de pago, entregó al sastre las seis libras completas, y se guardó en el bolsillo las cincuenta y cuatro restantes, con las que se compró un pasaje a bordo de un barco mercante que se dirigía a la tierra de Suecia.

Pero el dinero se acabó muy pronto y Tom no tuvo más remedio que alistarse en el ejército sueco, donde, a pesar de no ser sino un simple soldado, su juventud y buen tipo le hicieron el favorito de la mujer de su capitán.

El capitán murió al poco tiempo misteriosamente, por obra y arte de Horton, y la viuda se casó con éste, el

cual ascendió a teniente poco después en el mismo regimiento.

Pero los rumores que corrían acerca de la inesperada muerte del capitán se hicieron cada vez más persistentes, y Thomas Horton renunció apresuradamente al cargo de oficial, huyendo con su mujer al sur de Rusia, donde abrieron una taberna en las inmediaciones del río Volga.

Esta aventura resultó ser bastante provechosa, pues con la venta de refrescos a los viajeros y el tráfico continuo de contrabando de todas clases, Thomas Horton hizo fortuna rápidamente.

No pasó mucho tiempo sin que la señora Horton reconviniera a su marido

sobre ciertas infidelidades que ella no podía consentir. Se maltrataron de palabra, hasta el punto que ella se atrevió a decirle que si no enmendaba su conducta se vería en el caso de denunciarlo como asesino de su primer marido.

Aquella misma noche la delicada señora desapareció del hogar, y su marido a fin de explicar su inesperada ausencia, pretextó que ella había vuelto a Suecia a visitar a unos familiares...

Para desgracia de Horton, tres días después se supo que unos marineros habían hallado en el río un bulto que contenía el cuerpo mutilado de su esposa. Thomaa Horton fué arrestado, y, demostrada su culpabilidad, fué

condenado a muerte por hacha.

Después de sobornar con una apetitosa suma al carcelero, Horton escapó de la cárcel y marchó a Crimea, donde se juntó a una banda de bandoleros tártaros.



—Habían hallado en el río un bulto.

Después de algunas aventuras de escalofriante crueldad, pensó que lo mejor era abandonar Rusia, y con treinta mil rublos en los cofres marchó a Basora, en la cabecera del golfo Pérsico, disfrazado de mercader musulmán.

En un viaje que realizó anteriormente a La Meca, había adquirido el derecho a llevar el turbante de los Hadjis, que le autorizaba para exigir respeto.

Estando en Basora asesinó al gobernador y tuvo que volar de allí a los dominios del Sheik de Persia para salvar la cabeza.

Thomas Horton se estableció allá, compró tierras y esclavos y construyó

barcos, siendo nombrado poco después almirante de la flota del Sheik.

Con esto y sus siete barcos Horton formó una pequeña escuadra, con la que se dedicaba a piratear arriba y abajo del golfo. En cierta ocasión capturó un velero de la "East India Company", asesinando refinadamente a toda la tripulación, empalándolos con varas untadas de cera perfumada.

A medida que Horton fué haciéndose más poderoso en riquezas e influencia, sus aspiraciones de grandeza lo iban arrastrando aún más lejos. Finalmente encabezó un movimiento revolucionario, derrotó al Sheik que antes lo protegiera, estrangulándolo con sus propias manos delante de los dignatarios persas.

Ahora, lo mismo que había hecho antes, se casó con la viuda del hombre a quien acababa de asesinar y ordenó al Diwan que lo proclamara Sheik, lo que se hizo inmediatamente. El falsario de antaño habíase convertido en un poderoso soberano. No obstante haber sido un mal zurcidor de calzones, Horton demostraba ser un excelente gobernante.

Enmendó las leyes del país y las hacía cumplir con todo rigor, dándose maña para hacerse popular con el pueblo que gobernaba.

—Por esta época tendrá unas diez esposas y veinte concubinas, lo cual te demuestra, Graskell, que es un talento para poder gobernar en tanta cabeza de

chorlito. Dicen que vive a la usanza mahometana y que jamás se le oye pronunciar una palabra en su propio idioma.

—¿Por qué afirmas que hemos de evitarlo?

—Tolera a los joasmes y sus pequeños cabecillas. Sabe que son ignaros. Pero si se diera cuenta de que yo rondo por sus dominios, nos daría un trato poco acorde con mis ambiciones Por tanto, deberé convencer al “Chacal”; él nos será de gran utilidad en todos los aspectos. Haciéndolo un pirata novel en el Mar Rojo, será un valioso instrumento para derrotar al conde Ferblanc.

—Si le das conciencia de su valor puede serte difícil domeñarlo.

—Sé tratar a los hombres, Graskell ¿No lo crees así?

"Ojos de Plata" hizo caso omiso de la insidiosa mirada que por entre sus estrechos párpados le lanzaba Leblond.

—Superfluo me parece reconocer que entiendes en mandar hombres. Pero si "El Chacal" es tan valioso que piensas emplearlo contra el conde Ferblanc, debes prevenir la posibilidad de traición.

—Todo lo prevengo a tiempo, Graskell. Puedes dormir tranquilo. Espero que "El Chacal" venga pronto con su obsequio real. Tiene aún de plazo cinco días.

Aquella misma noche una carroza se detenía en el muelle de Burdeos frente al

embarcadero que conducía a las islas Becassine.

Capítulo VII

Lunares rojos...

La carroza fué atravesando llanos y montes, vados y planicies, por las serpenteantes carreteras que conducían al noroeste.

La actitud de Cheij Khan intrigaba profundamente a Soledad Iñigo del Ruy, quien, en su apasionado temperamento, no podía explicarse, no ya el mutismo de su acompañante, que atribuía a la gravedad de su raza, sino la extrema

frialdad del que no había ni por una sola vez intentado tan siquiera rozar su mano.

No era ya una conducta respetuosa sino un despego casi hiriente para la enamorada.

Y, forzando su pudor, decidióse ella a abordar este tema, cuando ya la carroza atravesaba los viñedos bordeleses.

—Vos no me amáis—dijo en voz baja e incapaz de mirar al que había aparecido tan románticamente en su existencia.

Cheij Khan, avezado al arte de mentir con sinceridad, miró gravemente a la mujer que conducía para entregar a la vesania de Narcisse Leblond.

—Si no os amase, ¿para qué os llevaría conmigo a tierras lejanas?

—En todo el viaje hasta ahora no me habéis dicho una sola palabra que... demuestre vuestra inclinación hacia mí.

—Excusadme... Sois la novia de otro.

Soledad Iñigo del Ruy pestañeó.

—¿La novia de otro? Si es chanza, no consigo comprenderla. A menos que sea un ambiguo cumplido a usanza de vuestro país...

—Todo lo comprenderéis prontamente.

El buen fondo de la española, la vida triste que había llevado, traslucíase en sus pupilas.

Y Cheij Khan meditaba en la verdad del aforismo que asegura que pagan los justos por los pecadores, ya que, habiéndole a él herido cruel e

irreparablemente la humanidad, no podía experimentar compasión hacia nadie.

No obstante, la “voz oculta”, la voz de la sangre que él ignoraba, la hidalga caballerosidad del Pirata Negro, decíanle íntimamente que sacrificar a una inocente por rencor a los humanos que habían destrozado su fe en todo, era una cobardía.

Sin embargo, pensando en el ser humano que viajaba hundido en el arcón posterior, Cheij Khan acallaba la “voz oculta”, y la carroza siguió su camino hacia el puerto de Burdeos.

* * *

La lancha atracó junto al costado del barco cuyo mascarón de proa estaba cubierto con lonas.

Era la media tarde.

Desde el puente, y a la entrada de la escalerilla echada, Narcisse Leblond, brillantes, los ojos, tomó por testigo a su segundo:

—Ahí tienes la prueba de que no me engaño al valorar los hombres, Graskell. Ha cumplido lo que prometió. Aunque lo consideres superfluo, ¿no estimas que la belleza morena bien vale el haber arriesgado mi cuello?..

—Si con ello sacias una obsesión, doy por bien empleado el tiempo perdido. Un hombre con una obsesión, pierde la claridad de juicio.

En el rellano, bajo de la escalerilla, dos tripulantes mantenían inmóvil el barquichuelo donde Soledad Iñigo del Ruy, sentada, contemplaba la nave que pensaba la iba a llevar hacia Arabia.

Cheij Khan rodeó con un brazo el voluminoso arcón que contenía a Lyon d’Arcy.

—¡Entrégalo a uno de mis hombres! —le gritó Leblond—. Tu equipaje es importante, Cheij Khan.

No replicó el hijo del Pirata Negro, que, izando el arcón sobre su hombro, tendió la mano hacia Soledad.

Ella depositó su diestra enguantada en la de él. Vestía una holgada capa negra con capucha. Abrigo de viaje que la hacía casi invisible, ya que dejaba libre

solamente el óvalo del rostro, cubriendo con vueltas su cuello.

Al llegar ambos a cubierta, Narcisse Leblond inclinóse ceremoniosamente:

—A vuestros pies, señora. Como capitán de la nave, permitidme ofreceros el cordial de bienvenida en copa de cristal que vuestros labios avalorarán. He esperado durante horas larguísimas este instante.

Soledad Iñigo del Ruy recordó de pronto al que la hablaba, con ironía evidente.

Era el hombre que meses antes, en la Isla Mineure del grupo antillano de la Guadalupe, la había requebrado con galante impertinencia muy francesa.

Creyéndole capitán de mar de un

mercante, le saludó, fingiendo no haberle reconocido.

Con gestos de anfitrión, Narcisse Leblond precedió a la española, mientras “Ojos de Plata” decíale a Cheij Khan:

—Tu arcón lo puedan llevar a la cala.

—No se separa de mí.

—Respeta los caprichos ajenos, Graskell—dijo Leblond—, si quieres que respeten los tuyos propios. Por aquí, señora; hacedme el favor: Id tomando posesión de vuestro trono.

Algo había en el tono de Leblond, en el continente de Graskell, en la expresión de los tripulantes, que rezumaba una extraña amenaza incomprensible, pero que atemorizaba a

la española.

Cuando en la sala capitana Leblond invitó a Soledad a sentarse, ella acercóse al lugar donde acababa Cheij Khan de depositar el arcón.

Y sin ser una gran experta en caracteres humanos, comprendió de pronto que se hallaba ante tres hombres de inexorable frialdad desalmada.

Tres hombres desprovistos de calor sentimental, más insensibles aun que las mismas fieras, aunque... el más joven de los tres tenía de vez en cuando una luz de bondad en sus negros ojos acariciantes y soñadores.

Narcisse Leblond rió, y su voz sonora y agradable tenía matices de burlona satisfacción al preguntar:

—¿Puedo indagar, señora, a qué debo el honor de alojaros como pasajera en mi nave?

—Puedo yo contestarte, Leblond— intervino Cheij Khan, reclinado, en postura semisentada sobre el arcón.

Arqueó las cejas el pirata.

—En efecto, ya que contigo viene. Pero antes bebamos el buen vino francés como despedida a estas tierras. Doy por descontado que vienes a mi bordo, Chacal.

—Nada tengo ya por hacer en Francia...

—Conseguiste tu venganza ya, ¿no es así?

—En parte. Quedan aún dos hombres, pero sé que el Destino me los pondrá

delante. Por el instante, permanecer en suelo francés era correr un riesgo inútil, y conozco ya la necesidad de no ser imprudente.

Adelantóse Leblond ofreciendo a la española una copa de cristal que semejaba un rubí gigantesco, transparentando el rojo vino de Borgoña.

—Perdonad, señora... Seguramente estaréis profundamente extrañada al oír comentarios cuyo significado ignoráis. ¿Le explicaste quién soy, Chacal?

—No. Llegué a Toulouse, y ella, deseosa de escapar de la proposición de matrimonio de un rico mercader, aceptó mi compañía, que le brindaba huida...

—Tus hermosos ojos mintieron

amores y ella ha venido. ¡Idos los dos! — exclamó de pronto Narcisse Leblond autoritario—. Quiero quedarme a solas con esta mujer.

Fenimore Graskell, sin rechistar, dirigióse a la puerta. La abrió y salió fuera.

Cheij Khan continuó en su postura indolente, cruzados los brazos, semisentado sobre el arcón.

—¿No me oíste?—inquirió Leblond.

—¿Para qué quieres quedarte a solas con esta mujer?

—Tu pregunta es inconveniente, Chacal.

—Más inconveniente es tu orden. A mí nadie me manda. He cumplido mi promesa acompañando a esta mujer

hasta tu bordo, pero ahora te queda por oír algo importante.

Narcisse Leblond rió forzadamente

—No me digas que te sientes dispuesto a defender la suerte de esta mujer.

Soledad Iñigo del Ruy, temblorosa, cruzaba las manos enguantadas sobre su pecho cubierto por los vuelos de su capa.

—Todo está escrito en nuestros libros, Leblond. Esta mujer no puede pertenecerte.

—¡Oh!...—y el pirata apoyó su diestra en el cinto—. ¿Acaso pretendes disputármela? ¿Te ha sido grato el oír su voz amorosa suplicándote ternuras?

—La mujer no cuenta para mí, y bien

lo sabes.

—Tus incoherencias me molestan, Chacal. Vete, te lo ruego, aunque estoy a mi bordo y podría mandártelo.

—Debes saber que tienes un rival contra el que no puedes vencer por más valor que tengas.

—¿Tú?

—No. La Muerte.

—¡Estás loco, árabe del demonio!—gritó Leblond, ya exasperado—. No te entiendo, y sólo sé que me estás impacientando.

—¿Ves a esta mujer?

—No soy ciego—refunfuñó el francés.

—¿No lees en sus ojos una tristeza infinita? ¿No percibes en su rostro la resignación más completa? Pero la estás

viendo, lo cual demuestra que cumplí lo pactado. Ahora..., si quieres morir atrozmente, atrévete a rozar tan siquiera su manto.

—¿Piensas tú impedírmelo?

—Yo, no. La Muerte.

Narcisse Leblond amaba las situaciones extrañas. Creyendo que el joven habíase enamorado de la mujer que él deseaba, miró hacia la española con sonrisa pérfida.

—Vos, señora, podréis quizá aclarar la actitud de vuestro caballero acompañante. ¿Sabéis quién es él?

—El hombre que amo.

Un leve tinte rosáceo coloreó los pómulos de la española al hablar. Narcisse Leblond rió satisfecho.

—Más encanto os añade el hecho de que améis a otro. Pero mi pregunta se refiere a si sabéis por qué os mintió amores.

—Tenía un pacto con vos, y lo cumplió trayéndome aquí.

—¡Ah!... ¿Y vinisteis aquí sabiendo lo que os espera? No lo comprendo.

—Sólo me lo dijo cuando ya lo fatal había ocurrido.

—¿Lo fatal?

—Tres días antes de mi llegada a Toulouse—dijo Cheij Khan—se declaró una epidemia de peste.

La mención de la horrible enfermedad de larga agonía hizo que el insensible pirata se sobresaltara.

No temía a nada..., pero, capaz de

desafiar muertes violentas, no podía resistir la idea de que podía él mismo perecer en lenta y cruenta agonía de enfermedad,

—Suerte ha sido para mí no haber ido a Toulouse—dijo, egoístamente—. ¿Y qué tiene que ver con...?

De pronto miró fijamente las ojeras pronunciadas de la española, y su palidez, que el manto negro hacía resaltar aún más.

Retrocedió, intensamente pálido, cuando la voz de Cheij Khan, modulada en suave diapasón, expuso:

—Esta mujer no puede pertenecer a nadie, porque lleva la marca de tu rival, Leblond. Los lunares rojos...

Soledad Iñigo del Ruy parecía una

condenada a muerte, aunque era su alma la que, desengañada, sufría agonía.

Quitóse la capucha, echándosela hacia atrás. Abrió el manto y dejó caer los pliegues que rodeaban su cuello.

Quitóse lentamente los guantes... y Narcisse Leblond, presa de pánico, tendió un erecto índice...

—¡Los lunares rojos!

Señalaba el escote y las manos de la española. En la blanca piel percibíanse pequeños círculos color de fresa.

—¿Comprendes ahora, Leblond? La Muerte te ha arrebatado tu presa, y es un rival al que no puedes vencer. Si quieres desafiar el peligro, quedas libre de hacerlo. Yo he cumplido. He traído a la mujer que fué precio de mi libertad. Si

vuelves a rogármelo, te dejo solo con ella aquí. A mí me es indiferente lo que pueda a ella sucederle, al igual que lo que a ti pueda ocurrirte, si sientes como yo el mismo desprecio por los lunares rojos, que son la marca implacable con que la peste señala a sus escogidos.

Repetidamente deglutió el francés saliva, mirando con ojos desorbitados a la que, inmóvil, parecía la estatua de la fatalidad.

Desenvainó lentamente...

—Es una burla feroz la del Destino —dijo, convulso—. La única posibilidad de que no me pertenecieras ha sido ésta. Pero mi espada te dará muerte. Al menos... ¡a la misma Muerte te rapto, española pestífera!

Avanzó... y se detuvo. Hacia él, brindándole el pecho, Soledad Iñigo del Ruy adelantábase, engarfiadas las manos en el escote.

Y por la anormalidad de su carácter maligno, Narcisse Leblond rió sombrío el semblante, envainando.

—Merced, te haría dándote muerte para evitarte la agonía de la peste que me impide abrazarte y hacerte mía. ¡Vete y muere pudriéndote en cualquier encrucijada! ¡Te lapidarán, cuando descubran tus lunares rojos! ¡Vete! ¡Fuera!

Ella miró unos instantes a Cheij Khan, y después abandonó la sala.

—¡Llévala tú mismo a tierra, Chacal! ¡Tú que la trajiste!

—La traje cumpliendo el pacto. He terminado con ella. Que la lleven a tierra tus remeros.

Salió corriendo Leblond, y el pronto Fenimore Graskell creyó que había enloquecido al oírle gritar:

¡Que nadie toque a esta mujer! ¡Dadle lancha con dos remos y que regrese a solas! ¡Encended azufre y quemad antorchas con salitre y vino!



—Merced te haría dándote muerte.

No pudo adivinar Leblond que si la española se ofreció a ser atravesada por su espada, debíase a su desengaño, cuando poco antes de entrar en la

avenida que conducía al puerto, Cheij Khan le contó la verdadera razón de su aparición por Toulouse.

Fué un cruel desengaño, mitigado porque Cheij Khan, a la vez que exponía la obligación que tenía de conducirla ante el pirata que la codiciaba, explicó también la artimaña que había imaginado para librarla de una suerte peor que la misma muerte.

En la posada portuense, varias fresas mezcladas con moras formaron un líquido pegajoso e indeleble.

Soledad Iñigo del Ruy, como una autómata para quien nada importaba ya, trazó en su escote y en sus manos los pequeños lunares, idénticos a los que moteaban la piel de los atacados de la

maligna epidemia.

Y cuando, a solas de nuevo en la alcoba de la posada, contempló en el espejo los lunares rojos, le parecieron gotas de sangre que brotaban de su propio corazón herido.

No podía guardar rencor al hombre que al final, obedeciendo a un impulso incontenible, la había salvado de la peor de las afrentas, cuando tan fácil le habría sido, fingir que la llevaba a bordo de un mercante que la conduciría a un hogar feliz.

Pero sabía que, al igual que el corazón de Cheij Khan no albergaba ya capacidad de amar, también ella llevaba en el suyo la marca roja de un amor imposible.

Regresó a Toulouse, porque sabía que suplicar a Cheij Khan que se la llevara con él donde fuera, era como impetrar de una roca un poco de blandura.

No había amor en Cheij Khan...

Y si la había salvado en el último instante de una suerte ignominiosa, debíase, quizá, a un rescoldo de caballerosidad.

También ella, al igual que Cheij Khan, ignoraba que la voz de la sangre impediría al hijo del Pirata Negro cometer acciones imperdonables.

SEGUNDA PARTE

COSTA DE RAPIÑA

Capítulo I

Hacia Ras-el-Hado

Narcisse Leblond se jactaba de ser un jugador filósofo. Cuando ya la lancha tripulada por la española se perdió en la lontananza, el pirata rubio, de mefistofélico rostro, había recuperado el dominio de sí mismo.

Fingió ignorar la mirada de extrañeza de su lugarteniente y regresó a la sala capitana, donde Cheij Khan continuaba en la misma postura.

—Pudiste evitarme la desagradable impresión de ver convertida en apestada a la mujer que yo anhelaba— dijo Leblond, sirviéndose un jarro de vino que apuró hasta la última gota de un solo sorbo ansioso.

—El pacto consistía en traerla a bordo, y he cumplido. Quedamos ahora en paz.

—Que siempre dure es lo que deseo. Tú y yo, en unión de Fenimore Graskell, podemos llegar lejos.

—Ando solo y no quiero uniones.

—Dijiste que deseabas marcharte de Francia.

—Volveré a ella algún día, cuando se hayan olvidado de mi persona.

—Quizá mi rumbo te interese.

—No hay rumbos que me importen ya. Tanto me da el norte como el sur. En cualquier punto cardinal hallaré lo mismo que llevo adentro: vacío y odio contra todos los humanos.

—El vacío puedo rellenarlo yo.

—¿Cómo?

—Brindándote aventura.

—Tu ofrecimiento no me interesa. En cada encrucijada de los caminos sale al paso la aventura, para el espíritu inquieto, sin trabas ni escrúpulos.

—La que yo te ofrezco es grande. Es dominar, es tener poderío, es ser tu propio dueño.

—¿A qué se debe tu generoso ofrecimiento?

—Percibo el sarcasmo, Chacal. Y

puedo satisfacer tu egoísmo satisfaciendo el mío. ¿Has oído hablar de Ras-el-Hado?

—No.

—Es sin embargo una gran ciudad árabe.

—Mi cuna fué un oasis de Mogador y es costa opuesta a la de las tierra árabes.

—Ras-el Hado es la capital de la Costa de los Piratas. En ella tienen amparo los joasmes de la costa de rapiña.

—Rapiña la hay en todas las costas del mundo.

—Pero Ras-el-Hado y sus aledaño nos ofrecen una posibilidad incomparable. Los joasmes no poseen barco de

tonelaje, sino pequeñas embarcaciones llamadas “dhows”. Y no habrá dificultad para un barco como el mío en surcar aquellas aguas sin peligro mientras no se cruce por mi camino algún barco de los de Thomas Horton, el falso Sheik de Shmira.

—Tú sabrás lo que deseas. Dime cuánto quieres por conducirme a la Costa Pirata.

—Nada.

—Es demasiado caro.

Rió Narcisse Leblond, con aprobatoria cabezada.

—La seriedad con la que hablas y enjundia de tus observaciones, me afirman en mi suposición. Tú puedes ser un gran jefe si te lo propones.

—Pastor de rebaños no es difícil, si se sabe ser lobo. Pero prefiero serlo solitario y morder a quien se me antoje.

—Déjame explicarte lo que me propongo. Si te place, aceptas; si no, por una boca más no se arruinará mi alacena.

—Te escucho.

De vez en cuando los joasmes capturan algún barco desprevenido, pero no lo emplean, porque no reconocen entre ellos a ninguno con suficiente poder para acaudillarlos.

—¿No hay en Ras-el-Hado marineros europeos?

—Adoptan los usos y costumbres de los hijos de Mahomet, pero no duran largo tiempo. Mi propósito es que

Fenimore Graskell se haga dueño de uno de esos, barcos, y le cederé yo la mitad de la tripulación del “Mefisto”, que ya, por islas antillanas, completaremos las dos tripulaciones.

—¿Cómo piensa Graskell apoderarse de un barco?

—Necesita de mi ayuda. Yo atacaré, sirviéndole a él un barco generosamente.

—¿Conviertes a tu segundo en capitán que puede ser rival tuyo en futura acción?

—Por el instante necesito de él, con otro barco. Tú podrías, mucho menos ruidosamente, no sólo hacerte con una nave, sino con tripulación idónea, y con ella partir hacia el Caribe.

—Si tal hiciera, quizá me conviniera

más quedarme en el Mar Rojo.

—Domina Thomas Horton y tiene mucha gente y muchos barcos. Más te convendría venir al Caribe. ¿Conoces el Mar de las Antillas?

—No.

—Entonces ignoras la tierra de promisión—y los ojos del francés brillaron excitados. Allí es dueño quien posea un rápido barco y astucia doblada de maldad, para prevenir todas las traiciones de los buitres siempre al acecho.

—¿Para qué quieres equipar escuadra de tres naves?

—Quiero exterminar la Legión del Mar.

—¿Qué fuerza es esa?

—Un pirata renegado ha organizado una flota que, repartida en destacamentos, vigila todo el Caribe e impide el fomentar la buena Hermandad de la Costa.

—¿La Hermandad de la Costa?

—Se llama así, a la guerra amistosa y sangrienta que entre nosotros los piratas cunde, porque nadie quiere que otro sea superior a él, cosa humillante. Hoy por hoy, en el Caribe, dos somos los amos: yo y el conde Ferblanc.

—Sobra, pues, para ti el conde Ferblanc.

—Eso es; y quiero aplastar al jacarandoso renegado pirata que manda en la Legión del Mar.

—Allá tú. No me interesa.

—En el Caribe hallarías la hermosura de vivir.

—Sobrarías tú y yo.

—El tiempo decidiría, y eso sería interesante, chacal. En fin, ya que al parecer no te interesa aunar tu esfuerzo al mío para dar muerte al Pirata Negro...

—¿El Pirata Negro?

—¿Has oído hablar de él?

Cheij Khan era cauto. Parecía sincero cuando le apetecía. Pensó que, de pronto, le interesaba ir al Caribe para vengarse del hombre al cual creía autor de la muerte de sus padres, y por tanto responsable de su existencia sin cariño ni calor.

—He oído hablar de él.

—Su fama ha cundido allende todos

los mares, y yo quiero que en el Caribe las olas propaguen el mensaje de que Narcisse Leblond, “Mefisto”, dió fin a la carrera del Pirata Negro.

—Serás venerado por todos los hermanos de la Costa, quienes verán en ti al jefe.

—Como en ti podrían los joasmes ver un jefe, por ser tú de raza árabe.

—Ignoro el arte de navegar.

—Elige entre los joasmes a un segundo de confianza. Muchos capitanes hay que sólo saben mandar en hombres. Sus lugartenientes mandan en las velas, y con el tiempo, sabrías mandar también en las lonas, más rebeldes que el ganado humano.

—Puedo aceptar según cuáles sean tus

condiciones.

—Por conducirte yo a la Costa Pirata y por ayudarte a salir de ella, y por ayudarte a entrar en el Caribe, pido tu auxilio para combatir a la Legión del Mar.

—Intercambiamos ayudas.

—Pero debes deponer parte de tu orgullo.

—¿Cuál?

—Aceptar mis órdenes que serán consejos.

—El discípulo quiere aprender—replicó Cheij Khan, inclinándose en leve reverencia.

Correspondió a ella Leblond riendo:

—Mucho puedes aprender. Tengo pruebas de que cumples lo que

prometes. Te propongo un nuevo pacto.

—Veamos si nos conviene.

—Desde este instante, te alias a mí y a Graskell, para juntos los tres aplastar la Legión del Mar.

—Acepto.

—Nuestra incursión a la Costa Arábiga, sólo tiene el rápido objeto de conseguir nave. Graskell será apoyado por la fuerza de mis cañones. Tú, puedes ingeniar medio de conseguir acaudillar una tripulación joasme. Eres árabe y tendrás libre circulación por Ras-el-Hado.

—Lo conseguiré.

—Te desembarcaré cerca de Ras-el-Hado. Te doy quince días de tiempo.

—Pocos son.

—Para un hombre de tu temple, muchos.

—¿Sitio de cita?

—La isla que te señalaré en carta especial, que estudiarás y quemarás ante mí, y antes de internarte en Ras-el-Hado.

—Acepto.

—Cuando la Legión del Mar quede exterminada, puedes recuperar tu libertad de acción, si no quieres seguir acatando mi autoridad de capitán de las tres naves.

—Acepto.

—El pirata renegado que manda la Legión del Mar me pertenece.

—¿Qué entiendes por ello?

—Bajo ningún concepto, ni tú ni Graskell lo mataréis si ante él os veis.

—¿Debemos dejrnos matar por él?

—Preferible sería... Pero no sucederá. Yo debo dar muerte personalmente al conde Ferblanc.

—Acepto—mintió Cheij Khan.

—No queda pues nada por tratar

—Sí.

—¿Quieres soldada?

—Quiero tu palabra de que ese arcón con su contenido no sufrirá daño alguno mientras dure mi ausencia.

Narcisse Leblond miró el arcón carcomido... Sonrió desdeñosamente, arqueando las cejas.

—Mucho valor le das a ese cofre viejo.

—A su contenido.

—¿Un tesoro?

—Un hombre.

—¡Diantres! ¿Un cadáver?

—Vive. Respira por lo que carcoma parece. Es el hombre al cual reservo una larga agonía.

—Puedo proporcionarte enseñanza sobre géneros de suplicio muy refinados.

—Yo he inventado el mejor.

—¿Puedes mostrarme qué suplicio has ingeniado? Es ciencia que me deleita y en la cual aspiro a progresar. Abrió Cheij Khan la cubierta del arcón, descorriendo los triples cerrojos de larga barra de hierro.

Entumecido en su posición, Lyon d'Arcy, hambriento y con la boca reseca, se mantuvo en pie, amordazado y

envuelto en ligaduras.

Su blanca túnica y el capirote de capucha daban a su figura un ridiculísimo aspecto que excitó la hilaridad de Narcisse Leblond.

—¿Quién es este esperpento?

El cadete Lyon d’Arcy, noble caballero gascón—dijo Cheij Khan, que mantenía en pie al asustado prohombre de Tarbes.

—¿Qué suplicio es este nuevo que no conozco?

—Ése.

Durante varios segundos miró fijamente Cheij Khan a Lyon d'Arcy, el cual empezó a sudar copiosamente, hasta que sus ojos pusiéronse desorbitados.

Rodó las pupilas, mostrando la blanca

córnea, y desmadejado, pendió inerte, sin sentido, sostenido por zurda de Cheij Khan.

El hijo del Pirata Negro soltó a su prisionero, que cayó en el arcón flácidamente, como un pingajo.

Cerró Cheij Khan el cofre, y volvió a reclinarse contra él.

—No le has abofeteado siquiera.

—No.

—¿Cuál es el suplicio?

—La tortura mental de este hombre. Sabe que voy a atormentarlo y está rabioso por morir. Y yo le quiero mucho tiempo vivo, que vaya muriendo lentamente de miedo.

—¡Magnífico!—aprobó Leblond maravillado—. Pero para eso hay que

tener la paciencia de un árabe. Allá en tu tierra es donde existe el proverbio de venganza más pacienzudo: “Siéntate en la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo.” Tú prefieres sentarte encima del arcón.

Mientras esté ausente, que le den de comer a ese caballero.

—¿Qué te hizo?

—Me acusó de hechos inciertos.

—Muy susceptible eres.

—Pero, además, mató para siempre en mí la posibilidad de regenerarme. Es responsable de la muerte de la única mujer que he amado y a la que nunca más veré.

—Te ha evitado quizá muchos sufrimientos. El egoísta vive sin

preocupaciones. Deberías estarle agradecido al hombre del arcón, en vez de hacerle sudar agonías de miedo.

—Cada uno se venga a su modo. ¿Qué tortura has inventado tú para el conde Ferblanc?

—También una muy sencilla. Lo quiero ver arrodillado ante mí, y que su lengua limpie mis botas. Después le ahorcaré con extrema sencillez, primero por los pulgares y después por los pies. Por último, en su pecho, a punta de daga, trazaré mi nombre. Cuando se convierta en esqueleto al extremo de mi mástil, en su calavera volveré a colocar su nombre y el mío.

—¿Por qué su nombre?

—Para que sepan quién es. Y que

sepan quién le venció.

—¿Cómo lograrás que un hombre orgulloso se arrodille ante ti? Ni con mil tormentos, si el conde Ferblanc es tal como dicen.

—Ama a su esposa. Por ella, se arrodillará ante mí. Lo verás, y el espectáculo será de tu agrado.

—El tiempo dirá. Todo está escrito.

Tras larga travesía, el “Mefisto” atracó en sitio protegido de la costa sur de Omán.

Cheij Khan, a pie, se internó hacia la ciudad de Ras-el-Hado. Sabía que un caballo y ropa se la brindaría forzosamente cualquier bandido del desierto.

Capítulo II

Ras-el-Hado

Era una blanca ciudad cegadora de luz, porque el sol reverberaba ardiente contra los enjabelgados muros y las calles, donde abundaba el blanco mármol como empedrado.

Había altas torres rematadas en minaretes, desde los cuales, el “muezzin” entonaba sus plegarias rituales, que obligaban a prosternarse a todos los caminantes.

Los joasmes eran dueños y señores de la ciudad de Ras-el-Hado, desde la que verificaban sus incursiones de rapiña.

Pocos eran los extranjeros admitidos. Podían contarse con los dedos de la mano.

Eran: un portugués, respetado por su arte de relojero, cuya tienda era muy concurrida; un italiano, competente alquimista, que debía la vida a su pericia en dosificar bálsamos curativos; un tártaro, fiero y salvaje, al cual los joasmes tenían por loco, dejándole deambular libremente, hablaba español y árabe y comía, bebía y dormía donde se le antojaba, sin nunca pagar un maravedí; por fin, el más importante de los personajes no pertenecientes a la

raza árabe era Patrick Yellow, un irlandés, alto, ancho y barbudo, extremadamente velludo. Patrick Yellow fué capturado con su nave “Albatros” por treinta *dhows*, en ocasión en que se dirigía a la península de Katur, para intentar apoderarse del tesoro codiciado del templo de Katur. Luchó valientemente, y su corpulencia pasmó a los joasmes. Al pie ya de la borda donde iban a degollarlo, fué salvado milagrosamente, gracias a la intervención de un viejo joasme.

El viejo joasme habló largamente y, por fin, cargado de cadenas, Patrick Yellow fué conducido a una cárcel de Ras-el-Hado. Allí le hicieron saber que necesitaban un capitán para mandar en el

"Albatros", tripulado ahora por joasmes.

Los joasmes querían aprender la ciencia de navegar en buques grandes. Prolongó Yellow la existencia, aceptando el ser un capitán prisionero mandando en su propio buque prisionero. Y de prisionero vigilado estrechamente, pasó a ser hombre libre y capitán de joasmes.

Había bastado que en el corpulento irlandés de barbudo semblante y cabello rizoso se fijaran unos ojos lánguidos de gacela tímida, que asomaban semiocultos por el velo. La que dió privilegio de hombre libre y respetado a Patrick Yellow era Zoray-el-Neid, la hija menor de las múltiples hijas del

viejo joasme cuyo consejo era escuchado por los demás.

Anunció Zoray-el-Neid que deseaba casarse con Patrick Yellow, haciendo a éste abrazar el Corán.

Preguntada sesudamente por el viejo, manifestó que, como hija, le diría sinceramente que estaba enamorada del irlandés. Pero, como joasme, estimaba que Patrick Yellow podía ser para los joasmes lo que Thomas Horton era para los habitantes de Shmira.

Y Patrick Yellow, que tenía de común con Horton, unos inicios de carrera criminosos, admitió ser el marido de Zoray-el-Neid.

El velo y los amplios ropajes de la joasme, no dejaban adivinar más que los

dos hermosos ojos lánguidos de gacela tímida.

Abjuró Yellow de su religión inexistente, para sumisa y devotamente en apariencia, aunque renegando una sarta de improperios contra todos los joasmes y sus ascendentes al igual que sus dioses y profetas, prosternándose besando el suelo a las invocaciones del "muezzin".

Alimentaron sus íntimas letanías de juramentos e imprecaciones, cuando ya casados, en el jardín perfumado, donde transcurrían los primeros momentos nupciales, Zoray-el-Neid quitóse el velo que cubría su rostro y cabello.

Zoray-el-Neid era fea, escuchimizada y carente de todo atractivo, aparte de sus

hermosos ojos.

Pero el irlandés amaba la vida y, ante los requerimientos de su esposa, se declaró perdidamente enamorado. Le salvó su poco dominio del idioma árabe, en lo que pudiera parecer poco entusiasmo...

Todo eso y mucho más lo aprendió Cheij Khan cuando, montado en arrogante caballo blanco y revistiendo lujosas ropas de "caíd", se detuvo ante la tienda del relojero portugués.

Declinando su cualidad de jeque árabe, procedente del Desierto de Siria, vióse asaltado por la charlatanería del portugués, puesto en confianza por la bolsa que le entregó Cheij Khan...

Dos cosas quedaron grabadas en la

mente de Cheij Khan: el nombre y aspecto de Patrick Yellow y el nombre “Albatros”.

Supo que los joasmes toleraban, pero no entusiasmados, el mando de un extranjero cuya barba era un insulto al Korán, que reputaba tal ornamento piloso, como propio de hijos del Profeta.

Y estaba oyendo el chorro incesante de la verborrea del portugués, cuando entró en la tienda un sujeto extraño y de apariencia impresionante.

El portugués dijo en voz baja:

—Es Tartar-el-Kebir, caíd.

Tartar-el-Kebir medía unos dos metros de estatura. Desnudo de cintura para arriba, mostraba un torso circular, prieto

de carne musculosa, de anchas espaldas y cuello de toro.

Sus brazos pendían voluminosos...

Sus piernas estaban enfundadas en pantalón blanco de seda. Y calzaba babuchas rematadas en larga punta.

Pero lo más impresionante era su rostro...

—No tiene sesos, caíd—aclaró en voz baja, el portugués.

Tartar-el-Kebir tenía un rostro angular de ancho cráneo y estrecha mandíbula. Sin pestañas, sin cejas y sin cabello, sólo ostentaba en la coronilla un mechón negro rizado que pendía laciamente a un costado del rostro rozando su sien.

Sus ojos parecían ser los de un pájaro irritado, dándole semblanza con una

lechuza colérica.

Miró al portugués, llevándose la mano a la boca.

—Mil perdones, caíd—rogó el relojero, desapareciendo en la trastienda de la que volvió a salir, llevando un jarro de hidromiel y un plato con abundante carne al “kouskous”.

Tartar-el-Kebir, sin haber pronunciado una sola palabra, bebió y comió, mientras el portugués, en voz baja explicaba:

—Es un tártaro loco. Todos le temen y le dejan en vida, porque matar a un loco es cerrarse las puertas del Paraíso. Dicen que fué almirante de la escuadra de un jefe persa y quedando el único superviviente en una batalla en que se

hundió toda la escuadra, Tartar-el-Kebir perdió el seso.

Cheij Khan encogióse de hombros como significando que no le importaba la historia de Tartar-el-Kebir.

Terminó el tártaro de comer y beber, arrojando al suelo plato y jarro.

Aproximóse y deteniéndose ante Cheij Khan tendió la mano, cuya ancha palma callosa tenía un volumen doble a una mano normal.

—¿Es mendigo? — inquirió Cheij Khan.

—Vos sois caíd y podéis darle una moneda.

—Ni una gota de agua daría yo a un hombre que no se avergüenza de pedir comida, siendo fuerte y...

—¡Vigilad!—gritó en advertencia algo tardía el portugués.

Tartar-el-Kebir, levantando los dos brazos, dirigió sus manos al cuello de Cheij Khan.

Lo que siguió, lo relató lloroso el portugués entre los restos de su tienda destrozada...

Dijo que al principio creyó que los brazos de Tartar-el-Kebir habían lanzado al joven y esbelto caíd hacia el techo.

Pero que había sido un salto... Unos saltos incomprensibles, de derviche mágico.

A cada salto, Tartar-el-Kebir intentaba replicar abrazando al caíd Cheij Khan, pero los pies de éste daban de lleno en

el pecho o en el rostro del tártaro obligándole a retroceder.

Y, por fin, cuando el tártaro estaba en el suelo, lo más increíble se había verificado.

El joven caíd, de aspecto soñador y amable, había reído silenciosamente mostrando los blancos dientes...

Después, cogiendo al gigante tártaro, lo había zarandeado como “quien juega con un trapo”, decía el portugués...

¿Qué había sido de Tartar-el-Kebir?, preguntaron los que acudieron al oír el ruido de destrozo en la tienda.

Había salido arrastrándose... seguramente en pos del caíd árabe, para darle muerte.

Los joasmes fueron relatándose lo

maravilloso. Un árabe dotado de fuerzas sobrehumanas había jugado con el gigante tártaro, como quien sermonea a un niño...

Porque había dicho al salir de la tienda del relojero, que no mataba a un mendigo loco, porque respetaba la decisión de los valientes joasmes de conservar en vida al que no podía dar vueltas a la llave de entrada al paraíso.

Fué paseando Cheij Khan por las calles de Ras-el-Hado, hasta que vió anclado en una rada luminosa, el velero "Albatros".

Desmontó en la arena y siempre indolente y al parecer ajeno a lo que ocurría a su alrededor, abismóse en la contemplación del velero de línea

airosa.

Pero tras él y en silencio, Tartar-el-Kebir, magullado el rostro y doloridos todos los miembros, parecía también contemplar el velero de Patrick Yellow, tripulado por joasmes;

Cheij Khan volvióse lentamente cuando crujió la arena bajo la pisada del gigante tártaro.

—Sigue tu camino, Tartar-el-Kebir.

—Mi camino es el tuyo, caíd.

—¿No te bastó lo recibido?

—Ningún ser humano venció nunca a Tartar-el-Kebir—dijo el gigante, pegándose un sonoro puñetazo en el pecho.

—Humano soy, Tartar-el-Kebir—y Cheij Khan hablaba sin dureza, porque

no sentía más que indiferencia hacia el loco.

—De raza superior a todas eres, caíd.

—¿No quieres, pues, pelea ya, Tartar?

—Tartar me llamaban cuando mandaba yo en muchos barcos, caíd amigo. Te venero.

—¿Por qué me calificas de amigo? ¿Por qué me veneras?

—No venero más que a un dios y la fuerza. Te califico de amigo, porque dijiste que negarías una gota de agua al hombre que siendo fuerte mendigara comida. Venero la valentía. Y eres mi amigo, porque no me diste limosna.

—El perro lame la mano que le da pitanza. ¿Eres tú, pues, más mísero que un perro?

—Tu desprecio me fortalece, caíd.

—¿Por qué?

—Quienes me daban comida por temor, eran míseros perros. Quienes me temían por loco, eran míseros cobardes. Tú eres un hombre que me habla como a otro hombre y desde ahora me siento de nuevo Tartar, el que fué terror del mar.

—¿Qué haces en Ras-el-Hado?

—Buscar a un hombre.

—¿Venganza?

—No. Buscaba al que podía darme un barco.

—¿Para qué quieres tú un barco, Tartar?

—Lejos del mar, no vivo.

—Tu fuerza y tu arte, te darían embarque.

—Pero busco, a un hombre.

—No te entiendo.

—Por largo tiempo nubes de confusión ennegrecieron el horizonte de mi cabeza —y el tártaro pegóse un puñetazo en el cráneo—. Fui poderoso y perdí la gran batalla. No podía volver derrotado. Y busqué a un hombre.

—¿Para qué?

—Para poder servirle sin humillarme. Tú eres, ese hombre, caíd. Tú eres mas fuerte que yo. Tú eres más orgulloso que yo. Tú eres más poderoso que yo.

—No tengo barco. Pero he venido a Ras-el-Hado a por un barco que no quiero comprar.

Los redondos ojos de lechuza del tártaro, parpadearon y su boca se abrió,

dándole por un instante expresión de idiotez.

Pero cuando habló, dijo, concisamente:

—El mejor velero de la costa es el "Albatros".

—Patrick Yellow no lo venderá.

—Tú no compras.

—Los joasmes son buenos tripulantes.

—Mata a Patrick Yellow.

—Es mi intención.

—Llévame contigo y los joasmes respetarán mi fuerza y tu poderosa magia de mando.

—Matar a Patrick Yellow no basta.

—Excita la admiración de los joasmes. Tú eres un gran jefe árabe, rey del mar. Así lo diré. Nunca he hablado,

y si ahora lo hago, me creerán. Tú puedes conducir el “Albatros” al triunfo.

—Quiero al “Albatros” para ir a lejanos mares.

—Bajo tu mando, triunfará siempre el “Albatros”.

—Los joasmes restantes no dejarán libre nuestra nave.

—Tus ojos tienen astucia, que sólo adivina un pobre loco como yo. Diles que te rebela el escarnio que supone que un extranjero mande en joasmes. Después... tú mandarás el rumbo, y yo mandaré en el timonel.

—¿Por qué quieres servirme?

—Porque negarías una gota de agua a un hombre fuerte que mendigara.

—¿Sólo por eso?

—Y porque quiero verme de nuevo en el mar.

—¿Como lugarteniente mío?

—Si así me lo mandas.

—¿No piensas ser dueño del “Albatros”?

—Dame tu cuchillo, caíd.

Cheij Khan, interesado a pesar suyo, desenvainó la corta daga, tendiéndola al extraño tártaro.

Tartar-el-Kebir cogió la daga, cuya punta apoyó en su ancho antebrazo.

—¿Cuál es tu nombre, caíd?

—Cheij Khan.

La punta de la daga fué trazando en rojo sobre la piel el nombre de Cheij Khan.

Terminada la cruenta inscripción, el

tártaro besó la sangre que goteaba de la daga.

—Este es mi juramento de fidelidad. Mi sangre, ardería eternamente dándome vida de fuego, si faltara a mi juramento.

—No creo en nada, Tartar.

—Tus ojos lo expresan. Pero eso sólo lo ve un pobre loco como yo.

—Tú no estás loco, Tartar. Hay sólo resto de nubes de tormenta en tu cráneo.

—El arco iris ha aparecido contigo, Cheij Khan. Manda y yo acataré. Mata y mataré.

—Condúceme a donde se reúnen los joasmes que constituyen la tripulación del “Albatros.” cuando a tierra bajan.

—No bajan a tierra.

—¿Nunca?

—Tienen orden de permanecer a bordo tres meses continuos. Llevan uno.

—Tendré, pues, que subir a bordo,

—Sólo lo lograrás acompañado por Patrick Yellow. Y éste no te lo consentirá.

—¿Cómo, pues, debo matar a Yellow si quiero que los joasmes lo vean y me acaten como jefe?

—El león rompe sus garras contra el muro. El astuto zorro sonríe antes de morder.

—Yo soy el Chacal.

—Mezcla de lobo y zorro. Tú serás capitán del “Albatros”, chacal Cheij Khan.

Capítulo III

Patrick Yellow

La sangre irlandesa de Patrick Yellow era impetuosa. Pero por el instante, tendido en una hamaca, donde su esposa le abanicaba amorosamente, contenía su impetuosidad.

Tenía que salir de Ras-el-Hado... y no veía cómo. Los joasmes le respetarían la vida en tanto que el viejo padre de su esposa, no le perdiera el respeto.

Lo tenían preso, aunque andara

libremente. Sabía que era vigilado, y acarició el pensamiento de matar a su esposa, al padre y a cuantos se interpusieran en su camino de huida.

Pero esto sólo fué un pensamiento fugaz.

En realidad estaba en que debía contemporizar, hasta que lograse hallar un emisario.

Un emisario que no podía ser el italiano alquimista, ni el portugués charlatán, ni el loco tártaro.

Un emisario que fuera a visitar á Thomas Horton, el sheik de Shmira, y que...

—El sol declina, esposo mío—dijo Zoray-el-Neid, por entre sus amarillentos dientes caballunos.

—¿Y a mí, qué?—gruñó, en inglés, Patrick Yellow.

Pero contuvo su impetuosidad, para añadir en árabe dificultoso, que iba aprendiendo lentamente:

—Nunca el sol de nuestro amor declina, encanto de mis horas y luz de mis ojos.

—Tu voz me endulza la existencia.

—Así te mueras del empacho de dulce, maldita seas—dijo sonriente, en inglés, Patrick Yellow.

—Tus palabras cariñosas en tu lengua nativa me conmueven. Quiero oír más, porque lo que no se entiende, te permite ser expansivo y tierno.

—Verás tú la terneza, so borrica, cuando consiga yo romperte los dientes

tranquilamente.

—¿Qué significa tú última frase, esposo mío?

—Quiere decir que el aliento de tus labios me parte el corazón, miel deliciosa.

—El sol declina, esposo mío.

—Hora de crepúsculo.

—¿Bailo para ti la danza que tanto te deleita?

—Baila, cariño mío, que la impaciencia me consume. Tus danzas tienen el encanto de un vuelo de ángeles.

Zoray-el-Neid empezó a bailar creyéndose admirada.

Patrick Yellow, en inglés, fué susurrando:

—Un mico de Madagascar se rascaría

celoso de envidia al verte cimbrearte como un arenque fuera del agua.

—Tus palabras son melodía que acompañan mi baile de amor como ofrenda a tu hermosura, esposo mío. Sigue la melodía.

—Y siga la infecta monería de tu balanceo de borracha. Baila, macaca nauseabunda, que pronto tendré el placer de destriparte a cuchillazo seco. Y a tu padre, por estúpido, lo meteré despellejado en un barril de sal.

Zoray-el-Neid, pudorosa, confundió con brillo de pasión, el brillo criminal que iluminaba los ojos del irlandés.

—La noche no ha llegado aun, esposo mío.

—Por suerte para mí, fea asquerosa.

—Es dulce cambiar nuestras lenguas, aunque yo debo tener cautela, porque me comprendes.

—La tuya cortaré, antes de escapar, gusano pútrido.

—Tus elogios amorosos me dan éxtasis, hermoso mío.

—Verás tú el éxtasis que te entrará cuando te despanzurre, vil alimaña.

—Tus frases deben tener el encanto de las novelas de amor que escriben las mujeres de tu país.

—Casi, casi. A ti te escribiré yo una hermosa historia de amor desgranando besos...—dijo en árabe Patrick Yellow, porque se iba entusiasmando diciendo bestialidades en inglés y temía que la joasme adelantara la noche a media

tarde—. Pero ahora tengo hambre porque dentro de unos instantes iré a bordo y sólo aquí como a gusto.

—¿Porque mis manos te sirven?

—Tú lo has dicho, gacela bella—y en inglés, añadió: —Al menos, comiendo me ahorraré tus balanceos de mona esquelética.

Al terminar de comer, cerró los ojos, cuando Zoray-el-Neid le tendió los labios:

—Hasta la noche, amado mío.

—Hasta la noche, encanto de mis horas.

Y al salir de la residencia, Patrick Yellow iba imprecando en inglés, con verdadero furor.

Tenía en la conciencia una decena de

muertes alevosas, pero nunca había sentido el odio que experimentaba hacia el hombre que le había evitado ser degollado y la mujer que le hacía ser libre.

Se calmó pensando en la futura posibilidad de vengarse de uno y de la otra.

Pero esta futura posibilidad estaba supeditada a que pudiera hallar un mensajero de confianza...

Detúvose cuando en su camino interceptó un joven árabe.

—Inch Allah—saludó Cheij Khan.

—Él derrame sus bendiciones sobre todos nosotros, desconocido.

—Deseo hablarte, Patrick Yellow—dijo ahora en inglés Cheij Khan, con su

característica entonación amable.

—¡"By Jove"! Por ser árabe hablas tú como un compatriota mío. ¿Quién eres tú?

—Cheij Khan, viajero de todos los caminos.

—Hablas maravillosamente mi lengua.

—He vivido en Londres.

—¿Qué quieres de mí?

—Dame plaza a tu bordo.

—Tú no eres joasme.

—No. He llegado hoy procedente de muy lejos.

—¿A qué has venido a Ras-el-Hado?

—La justicia me persigue. Necesito amparo en nave que no reconozca leyes.

—¿Robo, muerte, rapto?

—De todo un poco.

Patrick Yellow rió satisfecho.

—¿Buscas fortuna en Ras-el-Hado

—Sí.

—Vistes lujosamente y tu caballo es de precio.

—Ropas y montura me costaron precio de una puñalada a un bandolero árabe.

—¡“By jingo”! No eres un árabe fanático, pues.

—La vida de un hombre no tiene más que el valor que yo quiera darle.

—¿Por qué viniste precisamente a Ras-el-Hado? ¿Por qué no fuiste buscar trabajo con Thomas Horton?

—Ras-el-Hado era mi primera escala de descanso en la fuga. Me hablaron de ti. Soy árabe y los joasmes no se opondrán a que sea uno más de la

tripulación.

—¿Por qué quieres y crees que te daré refugio?

—Tienes rostro de asesino.

—¿Eh?

—No te acalores, Patrick Yellow. Entre ingleses me enseñaron que hablar rectamente, no induce a engaño. Tú tienes rostro de asesino y yo lo soy. ¿No podemos, pues, entendernos?

—Como simple marino tienes demasiada autoridad en la voz para servirme. Pero veo para ti un buen modo de ganar oro y quizá posición. Ven conmigo a bordo. Te expondré lo que necesito.

Tartar-e1-Kebir, a tres pasos de distancia, seguía a Cheij Khan que,

llevando de la brida al caballo, acompañaba a Patrick Yellow.

—Este maldito tártaro tiene libre paso por doquier. Parece que nos sigue.

—Eso parece. Pero no entenderá inglés.

—¿Cual es tu nombre, que ahora no lo recuerdo?

—Cheij Khan.

—Significa jefe de tribu.

—Lo fuí.

—¿Reveses de fortuna?

—Si.

—Entonces has hecho fortuna al encontrarme.

—Eso pienso.

—Necesito un emisario seguro, de toda confianza, y que sepa repetir

verbalmente, no tan sólo mi historia tal como yo la cuente, sino también el ingenioso plan que he ideado.

—Puedo repetir fácilmente cuanto oiga Poseo una memoria infalible.

Volvió la cabeza Patrick Yellow.

Impasible, Tartar-el-Kebir continuaba andando tres pasos atrás de Cheij Khan.

—Este loco parece haberse convertido en tu sombra o en un perrazo. También es absurda la costumbre que tienen en esta comarca. Respetan la vida de ese hombre porque está loco, lo cual le permite vivir sin trabajar. Si en nuestra Inglaterra, permitieran eso, casi nadie trabajaría.

—Hay locuras henchidas de sensatez.

—Ha sido muy oportuna tu llegada,

Cheij Khan. Estaba devanándome los sesos, en busca de un hombre...

¿También tú?—interrogó, ácidamente, Cheij Khan.

¿Acaso hay alguien más que necesita un emisario?

—No. Me refería al tártaro que me sigue. Me dijo que buscaba a un hombre.

—¿Te habló el tártaro? Ha sido milagroso, porque no abre la boca. A mí me es repulsivo. Tiene más imperio, mendigando, que un rey regalando. Verás como sube a bordo tras nosotros y todos le rodean temerosos, como si fuera un santón. Así le tienen. Cebado y reluciente, porque lo creen un santón.

—Su aspecto es impresionante.

—Dicen que fué almirante de los

persas. Pero será leyenda. Yo creo más bien que es un pícaro, que ha encontrado el filón para vivir sin dar golpe.

—¿Es aquel tu barco?

—Sí. El “Albatros”. El mejor de los veleros. Pero me lo infestan cien joasmes. Me degollaron a toda la tripulación.

—¿Cómo salvaste tú el cuello?

—El viejo Harbin-el-Neid, cuyos consejos los demás oyen respetuosamente, dijo que yo podría enseñarles el mando de veleros. Después me habrían degollado, cuando me hubieran sacado todo el jugo, pero se enamoró de mí la hija de Harbin-el-Neid.

Y Patrick Yellow escupió

violentamente.

—A veces pienso, que mejor me habría ido con la cabeza fuera de los hombros.

Un “dhow”, a fuerza de remos, se acercó a la playa. Era una embarcación ancha y plana, con cabida para una veintena de hombres.

Entró en ella Patrick Yellow, que miró algo extrañado, a Cheij Khan que, llevando de la brida a su caballo, ocupaba el centro de la embarcación.

—Muy árabe eres en lo de no separarte de tu caballo.

—El poeta lo dijo: “Ama todo aquello que pueda llevarte lejos: el vuelo del águila, el susurro de una vela marinera, el paso fiel de un buen caballo”...

Tartar-el-Kebir, en silencio, manteníase en pie a la proa de la embarcación.

Lanzaron de a bordo, largas cuerdas cuyos garfios los joasmes que tripulaban el “dhow” ajustaron a muescas especiales.

Fué izada la embarcación con todo su contenido.

—Ven a mi camarote—invitó Patrick Yellow.

Cheij Khan miró a Tartar-el-Ke-bir, el cual, avanzando, cogió de las riendas el blanco corcel.

Tras Patrick Yellow echó a andar el hijo del Pirata Negro.

En el camarote, sentóse el irlandés, señalando ante él un escabel que no

ocupó Cheij Khan.

—¿Has oído hablar de Thomas Horton?

—Sí.

—¿Por quién?

—Por un francés rubio muy inteligente.

—¿Te contó su historia?

—Por entero.

—Sabrás, pues, que reina en el estrecho de Ormuz y tolera a los joasmes, aunque varias veces les ha hundido “dhows” cuando éstos se acercaban demasiado a sus dominios.

—¿Temes por el “Albatros”?

—Si Horton cree que yo pienso convertirme en sultán de Ras-el-Hado, me aplastará. Necesito un hombre como

tú, que pueda explicarle la situación.

—Explícamela.

—Mientras dure la influencia de Harbin-el-Neid, no corro peligro. Pero si muere, su apestosa hija no bastará para salvarme el pellejo. Por otra parte, las noticias corren pronto por estas comarcas. Puede Thomas Horton equivocarse con respecto a mis intenciones.

—¿Qué intenciones puede suponerte?

—Creer que pretendo arrebatarle el dominio del estrecho de Ormuz. Y lo haría, si contara con el apoyo de los joasmes. Pero éstos son una bandada de bandidos rebeldes, que no acatan el mando de un extranjero. Mi plan es el siguiente...

Capítulo IV

“Islam”

Tartar-el-Kebir, rodeado de los joasmes del “Albatros” y sosteniendo por la brida el caballo blanco que repicaba de cascos nerviosamente, abrió la boca en bostezo amplio.

Y, de pronto, todos los joasmes acudieron, encaramándose en sitios estratégicos para mejor contemplar y oír...

Era un espectáculo inaudito. El

siempre tan silencioso tártaro estaba hablando...

—Joasmes valientes. Sabéis quién soy. Soy Tartar, el que fué rey del mar. Vine a Ras-el-Hado, y a mi nombre de Tartar añadisteis la palabra El Kebir, el pobre de espíritu, el hombre de seso nublado, el pobre loco y también el santón...

Varios joasmes escuchaban boquiabiertos, como si vieran un milagro. Otros se daban con el codo intensamente maravillados.

Delante de todos, el viejo Harbin-el-Neid, aprobaba las palabras del tártaro, dándose tirones a la larga barba blanca.

—Tartar-el-Kebir habla elocuentemente, joasmes. Escuchémosle,

porque la palabra santa cae muchas veces de boca de los que han vivido largo tiempo en tinieblas de espíritu.

—Tú lo has dicho, Harbin-el-Neid— aprobó el tártaro—. He vivido largo tiempo en tinieblas porque no encontraba al hombre elegido, al cual poder servir.

—¿Lo has encontrado? — inquirió Harbin-el-Neid.

—Lo he encontrado. Es el caíd árabe cuyo caballo me honro custodiándolo.

—¿Quién es el joven caíd?

—Es Cheij Khan, el grande, Cheij Khan, el chacal cuyo cerebro posee soplos mágicos y cuya fuerza es prodigiosa. Todo Ras-el-Hado sabe que Cheij Khan, sin hacer uso de armas y

sólo con sus brazos, me ha quitado el sentido. Mirad mi rostro y mi pecho.

Y señaló el tártaro las hinchazones y rojeces que moteaban su piel bronceada.

—No—dijo, lacónicamente, Harbin-el-Neid.

—¿Que niegas, Harbin-el-Neid?—preguntó el tártaro.

—Es imposible que este joven caíd, haya podido derribarte, a ti, el coloso.

—Me zarandeó y me volteó por el aire.

—No lo creeré, si no lo he visto.

—Lo han visto todos los que rondaban por las calles que conducen a la tienda de las cajas que marcan el tiempo.

—Posee entonces artes de magia.

—Es un elegido. Ha venido del

desierto, abandonando su tribu, porque ama a los valientes joasmes y le fué dicho que los joasmes valientes no debían sufrir el escarnio de ser mandados por un extranjero que no es hijo del Creyente.

—¿Quién mandaba en nuestras velas? Nadie.

Y Harbin-el-Neid abrió los brazos, como si invitara a que alguien pudiera refutar sus verdades.

—Nadie mandaba en nuestras velas y por eso necesitamos del barbudo infiel, marido de mi hija.

—Yo, Tartar, soy el lugarteniente del caíd Cheij Khan. Yo, que almirante fui de la poderosa flota persa, sirvo ahora a un dueño, porque es el caíd Cheij Khan,

el único que posee la esencia de los grandes jefes.

—¿Cuál es su barco? — inquirió Harbin-el-Neid.

Dió Tartar un taconazo en la cubierta.

—¡Este!

Un murmullo se elevó entre los joasmes. Mezcla de pasmo y protesta, que se acalló al sacudir la cabeza el tártaro.

—Vuestra independencia sufre un ignominioso baldón. ¿Qué dirán allá en el Paraíso de Mahoma vuestros antecesores, cuando entre sí comenten el hecho de que los valientes joasmes que pasean bajo las velas del “Albatros”, acatan el mando de un barbudo infiel, hijo de padres cuyos padres eran hijos

de perros?

—¡Contesta, Harbin-el-Neid! —ordenaron varias voces—. Tú salvaste la vida del barbudo infiel hijo de perros.

—Nuestras velas capturadas necesitaban un mando. Patrick Yellow no manda en nosotros sino en las velas.

—Que vosotros movéis.

—Patrick Yellow sabe cortar las aguas hacia el sitio que quiere, y podemos salir fuera de las costas sin remos.

—Pero os conduce donde quiere él.

—Nos puede llevar al engaño—dijo uno de los oyentes.

—Sólo un jefe puede mandarnos, porque a mí me manda. Yo, Tartar, os digo que los joasmes conocerán nuevos

mares y grandes presas ricas, bajo el mando de un hermano de raza. ¡Este!

Y Tartar mostró su voluminoso antebrazo donde en rojo vivo resaltaba el nombre: “Cheij Khan”.

Harbin-el-Neid alzó los brazos, para detener el aluvión de comentarios que se oían por todas partes.

—El que venció en lucha a Tartar-el-Kebir, debe demostrarnos que puede mandar en las velas del “Albatros” si vence a Patrick Yellow: Eso es lo que yo os digo...

Un coro ensordecedor de voces se elevó...

* * *

—...mi plan es el siguiente. Tú visitas a Thomas Horton, diciendo a los que te salgan al paso, y que seguramente te apresarán, que vas enviado por Patrick Yellow, el capitán del "Albatros" y que llevas mi mensaje.

—¿Qué debo decirle a Thomas Horton?

—La seguridad que tienes en ti mismo es prodigiosa. Das por cierto que Thomas Horton te recibirá.

—¿Qué debo decirle?

—Que te señale el lugar donde quiere que lleve yo el "Albatros" para entregárselo y ponerme bajo su mando. Que le imploro trato de hermandad y le entregaré inerme toda la tripulación de joasmes en el sitio que me indique.

—Los joasmes no son inermes.

—Envenenaré sus comidas. Tengo acceso a las cocinas y el italiano alquimista me facilitará hierbas venenosas.

—Entre los joasmes está el padre de tu esposa.

—A Harbin-el-Neid no le envenenaré. A ese quiero despellejarlo lentamente y sanar sus llagas metiéndole en un barril de sal. Y para este viaje llevaré a bordo a la repulsiva mona joasme para que vea a su padre mientras le haga yo cosquillas. Después a ella le enseñaré yo una gama de tormentos especiales.

Brillaban con sádico fulgor los ojos del irlandés, que estuvo unos instantes en silencio.

—¿Has comprendido todo bien, Cheij Khan?

—Perfectamente.

—Es como te dije antes, el principio de tu fortuna. Thomas. Horton sabe agradecer...

—...a los que le piden la merced de ser sus esclavos.

Respingó Patrick Yellow, mirando extrañado a su interlocutor.

—Tienes frases duras, Cheij Khan. ¿Qué es eso?

Y levantóse el irlandés tendiendo el oído. Desde la cubierta oíase un coro ensordecedor de voces...

—Gritan como condenados. Tú que eres árabe, ¿puedes traducirme lo que dicen?

—No son palabras coherentes, Patrick Yellow. Pero creo que significan el fin de tu vida.

—¿Rebelión?—gritó Yellow—. ¡Esos perros van a saber quién soy yo! Si creen que no he dominado motines van a saber cómo las gasto. Ven y lo verás.

Corrió el corpulento irlandés, desenvainada la espada. En cubierta, llamó brevemente:

—¡Harbin!

El viejo joasme levantó los brazos imponiendo silencio a los otros tripulantes del “Albatros”.

—Hora ha llegado, Patrick Yellow, de que demuestres que sabes vencer al que venció a Tartar-el-Kebir. Los joasmes veneramos la fuerza.

—¿Qué demonios quieres decir, viejo loco?

—Los joasmes esperan el resultado.

—¿Qué resultado?

Cheij Khan tocó en el hombro a Patrick Yellow, que, iracundo, volvióse:

—Esto es un motín y sabrán que no soy un cobarde. ¿Qué quieres tú, arabe?

—Matarte.

Patrick Yellow saltó hacia atrás...

—¡Ahora veo tu juego, perro mahometano! Sabes que esos joasmes sólo respetan la fuerza del vencedor si se une a la ciencia del navegar... ¿Quieres tú ser el capitán del "Albatros"?

—Tú lo has dicho. Quiero ser el capitán del "Albatros".

No había aún desenvainado Cheij Khan. Lanzóse espada rectamente tendida ante él, Patrick Yellow.

Desenvainó Cheij Khan en latigazo lateral y la espada del Irlandés saltó de sus manos.

Corrió Yellow a recogerla, mientras desdeñoso dijo Cheij Khan, en árabe:

—No podéis ser mandados por un hombre que no sabe sostener la espada. Morirá atravesado contra la rueda del timón.

Furioso, Patrick Yellow lanzóse de nuevo al ataque, asestando vigorosos mandobles y tajos impresionantes.

El asombro cundió entre los joasmes al ver que un árabe, generalmente raza desconocedora de la esgrima de los

infieles, no sólo paraba las feroces acometidas, sino que iba obligando a retroceder al barbudo y vigoroso irlandés.

Cuando la espada de Cheij Khan, atravesando el pecho de Patrick Yellow, quedó clavada contra la rueda del timón, asomando sólo la empuñadura por el lugar del corazón del irlandés, un coro de alabanzas se elevó...

Dejó Cheij Khan su espada en el cadáver y con la diestra tocó su pecho, su frente y sus labios:

—Cheij Khan, caíd de tribu poderosa, os saluda. Sabedor de que un perro infiel mandaba en nave joasme, oí el mensaje de un enviado del Creyente, quien me confió la sagrada misión de

rescatar velas joasmes, para conducirlas a tierras infieles, donde sembrar el exterminio y la matanza. En este mar nuestro, esperar la presa exige meses y meses. Salgamos al mar de los perros infieles y por doquier que la fama pregone la valentía de los joasmes conducidos por Cheij Khan, el Chacal.

Harbin-el-Neid avanzó, deteniéndose frente al hijo del Pirata Negro.

—Tu voz es autoritaria, Cheij Khan.

—He mandado en tribu de independientes tuaregs.

—Nosotros no acatamos el mando de nadie.

—Tu vejez no te permite desobedecer la ley árabe.

—¿Cuál es esta ley?

—En el Corán está escrito que la llave del paraíso girará untuosamente abriendo de par en par las puertas al hijo del Creyente que propague la fe de Mahoma por tierras blancas.

Un murmullo aprobatorio se elevó entre los joasmes.

Pero Harbin-el-Neid, tenía gran autoridad entre los suyos. Volvióse para dar frente al resto de la tripulación.

—Es también ley escrita que ningún joasme aceptará ser mandado por nadie.

—Tu mandas ya que elevas tu voz contra la mía—dijo Cheij Khan.

—Yo soy el consejero de mis hermanos de raza.

—¡Yo soy el lugarteniente del gran caíd el Chacal Cheij Khan!—vociferó

Tartar, avanzando llevando tras él al caballo.

—¡Escuchadme todos, joasmes! —imprecó Harbin-el-Neid—. Di a mi hija por esposa al hombre que salvé de ser degollado...

—¡El hombre vencido por el caíd Chacal Cheij Khan!—bramó el tártaro.

—Patrick Yellow no mandaba más que en las velas. Tú, Cheij Khan, ya que cuentas con la fe de Tartar-el-Kebir, puedes mandar en las velas, pero no en nosotros.

Esta vez el murmullo denotaba aprobación a las palabras del viejo joasme.

—Contigo no he de luchar más que con la palabra, Harbin-el-Neid. He

abandonado voluntariamente el mando de mis tuaregs, y atravesando el desierto, sólo he subido a cubierta del “Albatros”, que desde este instante tendrá por nombre: “Islam”. A ti no he de matarte, Harbin-el-Neid, porque eres viejo y sensato.

—Soy viejo y soy sensato—aceptó, halagado, el viejo joasme.

—¿Consentirás pues, que un barco navegue sin timón?

—Este es el timón. En él has clavado al perro infiel, que era esposo de mi hija.

—Un barco navega sin timón si no hay una sola voz de mando. La mía, aceptando tus consejos. Vosotros, valientes joasmes, debéis decidir, El

"Islam" conocerá mares donde la gloria de sus hazañas y el exterminio de los blancos infieles untarán las llaves del Paraíso abierto para todos nosotros... ¿Por qué creéis que los barcos infieles surcan todos los mares?

—Porque llevan hombres que manejan velas, conduciendo las naves a los puntos que quieran sin necesidad de remos.

—No, Harbin-el-Neid. Es porque tienen un solo jefe, una sola voz de mando. Yo os conduciré al mar Caribe...

—¡Un barco solo no puede vencer! —gritó Harbin-el-Neid—. Los blancos vencen porque navegan juntos.

—Yo os quiero demostrar que mis poderes son ilimitados. Más que a mis

palabras, creeréis en los hechos. ¿Qué isla hay al Sur de la costa de Omán? Una isla siempre desierta. Pues bien, levemos anclas y arribemos a la isla desierta. Yo, como jefe del “Islam”, os prometo que allí haré aparecer dos naves blancas cuyos jefes aceptarán mi mando y juntas las tres naves, llevaremos allende esos mares, el pabellón triunfante del “Islam”.

Al griterío de aprobación, se opuso Harbin-el-Neid, levantando los brazos.

—Pido que ellos se alejen de tu voz, Chacal Cheij Khan.

—Te he vencido, pues, si la tuya no sabe oponerse con razones a la mía.

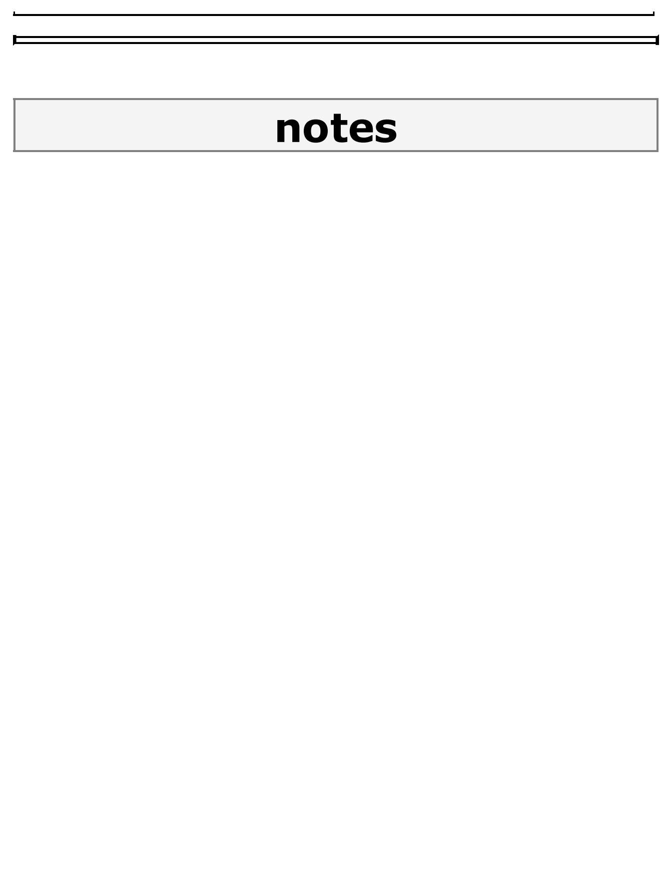
—Los joasmes entrarán en la hondonada del vientre de la nave y allí

oirán mis razones. Después, tú y Tartar-el-Kebir, sabréis si el “Islam” acata vuestro mando. Si os vais, mejor será. Es consejo de Harbin-el-Neid, el viejo sensato.

—Un viejo sensato que dió su hija a un perro infiel... Daos cuenta, joasmes. He pisado esta cubierta y no la abandono. Pero para que veáis que nada me infunde temor porque me asiste el apoyo del Creyente, reuníos en la cala. Oíd al viejo Harbin-el-Neid... y aquí volveréis a acatar la ley del mar, que pide una sola voz y un solo capitán, para que el timón no ruede insensatamente. El “Islam” surcará los mares bajo el mando de Cheij Khan, el Chacal vencedor. He dicho.

Uno a uno, los joasmes fueron descendiendo a la cala. En cubierta, cruzóse de brazos Cheij Khan, mientras Tartar, doblando la rodilla, la ofreció como apoyo:

—Dirige las riendas de tu caballo, Cheij Khan, como has de dirigir a los joasmes del “Islam”.



notes

Notas a pie de página

1 Ver Reunión en Palacio

2 En inglés, la cifra “six”, seis, añadiéndole la sílaba “ty”, se convierte en “sixty", sesenta.